

SWEENEY TODD

O EL COLLAR DE PERLAS



ANÓNIMO

Adaptado por LUCIAN F. VAIZER

SWEENEY TODD

O EL COLLAR DE PERLAS

ANÓNIMO

Adaptado por **LUCIAN F. VAIZER**

Título original: The String of Pearls: A Romance

Traducción y adaptación: Lucian F. Vaizer

Diseño de portada: Lucian F. Vaizer

Corrección ortotipográfica y de estilo: Raquel Aristegui, Óscar Martín Rovira

Registro Propiedad Intelectual: B-2469-14

Safecreative: 1407241564169

Todos los derechos reservados

2015 © Lucian F. Vaizer

www.lucianfvaizer.com

Dedicado a mi abuelo, una persona que siempre rebotó talento y bondad. A mi madre, por su amor y apoyo incondicional. También a Montse y a Óscar, por aguantar estoicamente mis preguntas y mis locuras. A ti, por comprar este libro y ser cómplice de mi sueño.

PREFACIO

SWEENEY TODD O EL COLLARD DE PERLAS:

Capítulo I. El extraño cliente en la barbería de Todd

Capítulo II. La hija del fabricante de anteojos

Capítulo III. El perro y el sombrero

Capítulo IV. La pastelería en Bell Yard

Capítulo V. La reunión en el Templo

Capítulo VI. La conferencia, y la aterradora narración en el jardín

Capítulo VII. El barbero y el lapidario

Capítulo VIII. La morada de los ladrones

Capítulo IX. Johanna en casa, y la decisión

Capítulo X. El coronel y su amigo

Capítulo XI. El forastero en la pastelería de Lovett

Capítulo XII. La decisión de Johanna Oakley

Capítulo XIII. La entrevista de Johanna con Arabella Wilmot, y el consejo

Capítulo XIV. La amenaza de Tobías, y sus consecuencias

Capítulo XV. La segunda entrevista entre Johanna y el coronel en los jardines del Templo

Capítulo XVI. El barbero hace otra intentona de vender el collar de perlas

Capítulo XVII. El gran cambio en las perspectivas de Sweeney Todd

Capítulo XVIII. Las aventuras de Tobías durante la ausencia de Sweeney Todd

Capítulo XIX. El extraño hedor en la vieja iglesia de St. Dunstan

Capítulo XX. Las medidas que adoptó Sweeney Todd a consecuencia de la partida de Tobías

Capítulo XXI. Las desventuras de Tobías. El manicomio de Peckham Rye.

Capítulo XXII. La celda del manicomio

Capítulo XXIII. El nuevo cocinero de la Sra. Lovett se harta de su empleo

Capítulo XXIV. La noche en el manicomio

[Capítulo XXV. La historia que relató el Sr. Fogg a Sweeney Todd en el manicomio](#)

[Capítulo XXVI. El coronel Jeffery hace otra tentativa para descubrir el secreto de Sweeney Todd](#)

[Capítulo XXVII. Tobías intenta escapar del manicomio](#)

[Capítulo XXVIII. El interior del manicomio, y el nuevo amigo de Tobías](#)

[Capítulo XXIX. La consulta del coronel Jeffery con el magistrado](#)

[Capítulo XXX. Tobías escapa de la institución del Sr. Fogg](#)

[Capítulo XXXI. El raudo viaje de Tobías a Londres](#)

[Capítulo XXXII. El anuncio en la ventana de Sweeney Todd. La aventura de Johanna Oakley](#)

[Capítulo XXXIII. Descubrimientos en las bóvedas de St. Dunstan](#)

[Capítulo XXXIV. Johanna a solas. El secreto. Las sospechas del Sr. Todd. La carta misteriosa](#)

[Capítulo XXXV. Sweeney Todd comienza a despejar el camino hacia la jubilación](#)

[Capítulo XXXVI. La última ración de las deliciosas empanadas](#)

[Capítulo XXXVII. El plan de fuga del prisionero de la pastelería](#)

[Capítulo XXXVIII. Sweeney Todd afeita a un buen cliente. El arresto](#)

[Capítulo XXXIX. La conclusión](#)

[ANOTACIONES](#)

PREFACIO

EL LIBRO MISTERIOSO

Dicen que no hay castigo más terrible que el olvido. Para *The String of Pearls: A Romance* (1846-1847), una humilde novela publicada por entregas en las páginas del infame periódico semanal *The People's Periodical and Family Library*, este castigo se ha perpetuado durante ciento sesenta y ocho largos años.

Pero nada dura eternamente, y la penosa condena de esta malograda joya literaria llegaría a su fin cuando un grupo de arqueólogos de la palabra escrita —véase, entre otros, el alemán Joachim Körber, las italianas Anna Lamberti-Bocconi y Francesca Sansoni, amén del que suscribe estas líneas—, armándose de valor, decidieron reivindicar su valor cultural y adaptarla a sus respectivas lenguas, devolviéndola así a la vida. Pues si el olvido evoca a la muerte en su faceta más implacable, la traducción simboliza todo aquello que la antagoniza: cambio, transformación, renacimiento.

El público merece conocer las virtudes, y también los defectos, de la novela original de Sweeney Todd. La genuina, la única, la primera.

No olvidemos que tanto el magnífico musical de Stephen Sondheim y Hugh Wheeler, el cual Tim Burton y Johnny Depp se encargaron de inmortalizar en la gran pantalla en el año 2007, como la obra teatral de Christopher Bond en la que se inspiró la susodicha, no son más que adaptaciones contemporáneas muy distintas del libro que tienes ante ti. Y digo contemporáneas porque antes de estas hubo otras obras de teatro mucho más antiguas, y una retahíla de películas de discutible calidad que han contado, una vez tras otra, las truculentas gestas del barbero londinense.

Hablando de obras apócrifas, fue tal su influencia y su repercusión mediática que, el 1 de marzo de 1847, veinte días antes de que la serie tocara a su fin, el dramaturgo inglés George Dibdin-Pitt —padre de la friolera de ¡setecientas obras!—, ya la había adaptado al teatro improvisando un nuevo desenlace para la ocasión. El melodrama fue el primero en usar el adjetivo demoníaco al referirse a Todd, e incorporó modificaciones muy polémicas: véase, por ejemplo, la transformación del fiel perro Héctor en un niño esclavo sordomudo originario de la colonia in-

glesa de Honduras, quien salva la vida de su amo, un heroico exoficial de la Marina Real, y conspira para desenmascarar las fechorías del barbero y la hipocresía de un lascivo reverendo en una hilarante e inintencionadamente racista escena, donde aparece travestido haciéndose pasar por la «esposa negra perdida» de dicha oveja descarriada del Señor.

Asimismo, dado que en aquellos tiempos nadie se preocupaba por los derechos de autor, cinco años después se publicaría un plagio americano de pésima factura titulado *Sweeney Todd: or the Ruffian Barber* (1852-1853), presentando a un Todd casi invencible, convertido en un villano de opereta que se veía inmerso en tiroteos cual bandolero, sobrevivía a un naufragio —al igual que en el musical—, y finalmente sucumbía tras recibir cuatro impactos de bala y sufrir una mortal caída de su caballo.

¿Y qué hay de su autor? ¿Quién escribió, entonces, *El Collar de Perlas*? La mayoría de expertos se decantan por Thomas Peckett Prest, mientras que el resto atribuyen su autoría al prolífico James Malcolm Rymer, aunque es harto probable que fueran ambos. De hecho, sus nombres aparecen en numerosas ocasiones como autores o coautores de muchísimas obras calificadas peyorativamente como *penny dreadfuls* o *penny bloods**, hasta el punto que da la impresión de que en realidad eran una misma persona, una suerte de Doctor Jekyll y Mr. Hyde.

Mi teoría, a juzgar por lo irregulares que son los capítulos, por lo que respecta en la calidad de su prosa, es que *The String of Pearls* fue escrita por Thomas, James y posiblemente su mismísimo editor, Edward Lloyd. Si bien cabe tener en cuenta que el notorio alcoholismo de Prest, el cual lo abocaría a una muerte prematura a los cuarenta y nueve años, podría haber sido la razón de un estilo tan errático.

Por otro lado, el Sr. Lloyd era un tipo con pocos escrúpulos que no dudó en plagiar novelas de Charles Dickens —el hombre de moda, por aquel entonces— con tal de lucrarse, y que luego tuvo el descaro de dárselas de caballero respetable, subiéndose al tren de la prensa seria y destruyendo prácticamente por completo todos los ejemplares de su anterior publicación. No me sorprendería en absoluto que Lloyd, viendo el éxito de su nueva serie, decidiera prolongarla *ad infinitum*. Eso explicaría el gran número de incoherencias que contiene, y la inclusión de capítulos, tramas y personajes que no aportan nada a la historia.

La evidencia definitiva que respalda mi teoría es que, tres años después de que terminara *The String of Pearls*, el propio Lloyd, viendo el impacto social que había generado, decidió sacar a la venta una versión extendida de nada menos que noventa y dos capítulos, es decir, con cincuenta y tres capítulos nuevos dedicados a expandir las aventuras de los residentes de la Calle Fleet, que se considera una obra menor al tratarse de una burda excusa para expoliar el texto original.

A modo de conclusión de la primera parte del prefacio, os ruego perdonéis mi atrevimiento por incluir «Sweeney Todd» en la traducción española del título de la novela. Con ello pretendo evitar confusiones con otros libros publicados bajo el mismo título a lo largo de los años, y además facilitar enormemente su búsqueda, ya que se trata de una obra que solo puede adquirirse por Internet. Gracias por vuestra comprensión.

LA VERDAD SOBRE SWEENEY TODD

Hemos despejado algunos de los misterios que entrañaba *El Collar de Perlas*, pero el más importante de ellos se merecía un apartado propio. ¿Quién fue Sweeney Todd? ¿Existió realmente, o se trata de un monstruo literario clásico como Drácula o Frankenstein?

Sweeney Todd nació en las páginas de la presente novela, y por lo tanto, es tan real como Harry Potter o Sherlock Holmes.

La ambiciosa teoría expuesta en *Sweeney Todd: The Real Story of the Demon Barber of Fleet Street* (1993), un sensacionalista ensayo del periodista e historiador británico Peter Haining, que en paz descanse, carece de pruebas y documentos fehacientes que corroboren la existencia de Todd. Si bien es cierto que muchos cayeron presas de su engaño —medios de comunicación, periodistas, y un largo etcétera—, confiando en un tramposo dicho el cual reza que «si lo dice un libro, será verdad».

En mi humilde opinión, tras estudiar el asunto en profundidad y verificar mis fuentes consultando los archivos de *Le Bibliothèque Nationale de France*, creo que la prueba indiscutible que demuestra que Sweeney Todd es un producto de la febril imaginación de la época, es la antiquísima leyenda urbana francesa de La Posada de los Tres Reyes (*L'Auberge des Trois Rois*) ubicada convenientemente en mitad de la Calle del Infierno —en algunas ocasiones situada en *La Rue des Marmousets*—,

que se remonta nada menos que al año 1415 —aunque a veces la acción cambia de era pasando a desarrollarse en 1387, o en 1770 en la versión de Jules Beaujoint—, y nos relata los atroces crímenes perpetrados por el barbero parisino Barnabé Cabard y su socio, el pastelero Pierre Michelin. Cabard acaba con sus infelices clientes valiéndose de un ingenioso mecanismo que hace girar una silla de afeitar sobre sí misma, y arroja a sus ocupantes a las fauces de un profundo abismo, mientras Michelin, posteriormente, remata a los supervivientes, cuchillo en mano, y los convierte en deliciosas empanadas de carne. Os resulta familiar, ¿verdad?

Por si no bastara con eso, ocho años antes de que el primer fascículo de *El Collar de Perlas* saliera a la venta, se publicaba en París la colección de supuestos casos judiciales célebres *La Chronique du Palais de Justice* (1838), de Horace Raisson, mencionando el caso de Cabard en el décimo capítulo dedicado al armero Philippe Gomire. No obstante, esta macabra fábula ya aparecía en las páginas de *Le Théâtre des Antiquités de Paris* del monje benedictino Jacques du Breul, un escrito que data del año 1612. Si retrocedemos todavía más en el tiempo, nos topamos con un fragmento de *L'Espill* (1460), del valenciano Jaume Roig, que narra cómo unas tabernerías de París servían carne humana a sus clientes.

Curiosamente, en el libro de Horace Raisson, el honorable caballero que lucha por desbaratar los planes del barbero y esclarecer la misteriosa desaparición de su amigo —aquí, su hermano menor—, es aragonés. No es de extrañar entonces, que teniendo a un héroe español como protagonista, terminara publicándose en España una versión totalmente reescrita titulada *El Pastelero de Carne Humana y El Barbero Asesino: Causa Célebre* (1877).

Esta última encarnación francesa del mito es, sin duda, la base sobre la que se moldearía la primera novela de Sweeney Todd aquí presente, pues existe un sorprendente parecido a nivel narrativo y literario entre ambos textos que va más allá de la frontera de lo casual. Aunque *El Collar de Perlas* superaría en todos los aspectos al pequeño relato de *monsieur* Raisson. Y de igual modo, ciento veintiséis años después, Christopher Bond con su *Sweeney Todd, the Demon Barber of Fleet Street* (1973), reinventaría majestuosamente el argumento, convirtiendo al barbero asesino en el Conde de Montecristo tenebroso que pasaría a la historia. ¿Quién dijo que todos los «remakes» apestan?

SWEENEY TODD

O EL COLLAR DE PERLAS

CAPÍTULO I

EL EXTRAÑO CLIENTE EN LA BARBERÍA DE TODD

Antes de que la Calle Fleet alcanzara su importancia presente, cuando Jorge Tercero era joven, y las estatuas de los dos gigantes que solían tañer las campanas de la vieja iglesia de St. Dunstan se encontraban en su máximo apogeo —suponiendo un incordio para los chicos de los recados durante el desempeño cotidiano de sus actividades, y despertando una enorme curiosidad entre las personas de las zonas rurales—, cerca del sagrado edificio se elevaba una pequeña barbería, la cual regentaba un hombre cuyo nombre era *Sweeney Todd**

Cómo le fue otorgada la denominación cristiana de Sweeney, fallamos a la hora de concebirlo; pero tal era su nombre, como podía verse escrito con gruesas letras amarillas en lo alto del escaparate de su tienda por cualquier transeúnte que decidiera posar allí sus ojos para admirarlas.

Por aquel entonces, los barberos en la Calle Fleet no casaban con las modas ni las tendencias que se estilaban en aquellos tiempos. De hecho, soñaban con llamarse artistas tanto como con tomar la Torre por la fuerza, y además su oficio no implicaba, como sucede ahora, la constante matanza de *osos entrados en carnes**; y aun así la gente lucía pelo sobre sus cabezas del mismo modo que lo lucen a día de hoy, incluso prescindiendo de ese untuoso auxiliar. Asimismo, Sweeney Todd, al igual que sus hermanos en aquella suerte de primitivos eones, no consideraba necesario decorar su escaparate con efigies humanas de cera. Ninguna joven dama lánguida miraba por encima del hombro izquierdo, con la finalidad de que una cascada de mechones castaños reposara sobre su cuello de lirio; y los grandes conquistadores y estadistas no eran sometidos a la humillación pública —al contrario que en la actualidad—, con ridículas pinceladas de colorete acentuando sus mofletes, pólvora esparcida esbozando un intento fallido de barba, y un manojito de cerdas pegadas en su frente queriendo parecer unas cejas.

No. Sweeney Todd era un barbero de la vieja escuela, y jamás se le cruzó el pensamiento de glorificarse a expensas de cualquier circunstancia ajena. De haber contado con el privilegio de vivir en el palacio de Enrique Octavo, le hubiera parecido lo mismo que habitar en su realísima perrera, y le habría costado creer que la naturaleza humana pecara de

ser tan cándida como para desembolsar seis peniques de más por un afeitado y una esquilada en una localidad en particular.

Un largo poste pintado de blanco rodeado por una línea roja que dibujaba una espiral se proyectaba hacia la calle desde su entrada, y en una de las vidrieras de su escaparate se distinguía el pareado siguiente:

«Un afeitado rápido y apurado,
por un penique garantizado».

No exponemos estas líneas como un ejemplo de la poesía del periodo, ya que es probable que surgieran de la pluma inquieta de algún joven letrado del Templo; pero si tal copla carecía de fuego poético, lo sobrellevó ampliamente por la claridad y la precisión con la que plasmó sus intenciones.

El barbero en sí era un *fulano** de cuerpo alargado, desproporcionado y contrahecho, de inmensa boca, y manos y pies tan descomunales que era —a su modo— un fenómeno natural; y lo más sorprendente, considerando su vocación, era que nunca se había visto una pelambreira como la de Sweeney Todd. No sabríamos con qué compararla, salvo tal vez a lo que uno podría suponer que sería la apariencia que adoptaría un espeso matorral, si entre sus hojas quedara enmarañada una pequeña alambrada. A decir verdad, su mata de pelo era tremenda, y como Sweeney Todd guardaba todos sus peines en ella —algunos añadían que también sus tijeras—, cuando se asomó por la puerta de la tienda para ver qué tiempo hacía, podrían haberle confundido con un guerrero indio con un penacho de plumas la mar de llamativo.

Poseía una suerte de risa infausta y desagradable que le sobrevinía en los momentos más inoportunos, cuando nadie había dicho algo que invitara a la jocosidad, y a veces forzaba a la gente a retomar la conversación —especialmente mientras eran afeitados—, y Sweeney Todd hacía una breve pausa para entregarse a uno de esos ataques de escandalosa efusividad. Era evidente que la remembranza de alguna broma de mal gusto y fuera de lugar pasaba ocasionalmente por su mente, y entonces se carcajeaba cual hiena, pero era tan fugaz, tan repentina, martilleando los oídos por un instante y luego evaporándose, que los clientes miraban hacia el techo y recorrían el suelo, oteando a su alrededor, buscando la procedencia de un sonido que les costaba creer que pudiera brotar de labios mortales.

El Sr. Todd entrecerraba los ojos para ampliar más si cabe su fabuloso repertorio de encantos; y así creemos que, llegado a este punto, el lector puede visualizar la clase de individuo que deseamos presentarle. Algunos pensaban que era un fulano inofensivo y despreocupado, falto de juicio, y en ocasiones casi consideraron que estaba un poco tarado; pero había otros, una vez más, que meneaban la cabeza al nombrarlo; si bien no podían decir nada en su perjuicio, excepto que ciertamente les parecía raro; no obstante, cuando nos percatamos cuán gran crimen y delito supone en realidad ser raro en este mundo, no debería sorprendernos el enfermizo asunto en el cual Sweeney Todd se vio inmerso.

Mas a pesar de todo, él prosperó en su negocio, y sus vecinos opinaban que era un hombre de clase pudiente, y un individuo decididamente —empleando la fraseología de la ciudad— cálido.

Les resultaba muy práctico a los jóvenes estudiantes del Templo dejarse caer por la barbería de Todd para que les raspara el mentón, así que de la noche a la mañana sacó adelante un negocio boyante, y eso, por descontado, le hizo enriquecerse.

Solo había una cosa que parecía menoscabar el carácter prudente de Sweeney Todd, y era que habiendo rentado una casa de lo más espaciosa, ocupaba únicamente la tienda y el salón, inutilizando la planta superior y rehusando con obstinación a dejarla disponible, cualesquiera que fueran las condiciones.

Tal era el estado de las cosas, en el año del Señor 1785, por lo que concierne a Sweeney Todd.

El día toca a su fin, cae una sutil llovizna, ahuyentando a los transeúntes de las calles, y Sweeney Todd, sentado en su tienda, escudriña el rostro de un chico que se yergue frente a él en una actitud de temblorosa sumisión.

—Tú recordarás —dijo Sweeney Todd, confirmando una expresión particularmente horrible a la vez que continuaba—, tú recordarás, Tobías Ragg, que a partir de ahora eres mi aprendiz, y recibirás de mí comida, agua y cobijo, con la única excepción de que no pasarás la noche aquí, que comerás en tu casa, y que la Sra. Ragg hará tu colada, cosa que se le dará muy bien a tu madre, siendo lavandera en el Templo, y ganando una buena suma de dinero por ello. Respecto al alojamiento, te hospedarás

aquí todo el día, ya sabes, holgadamente en la tienda. ¿No eres un perrito feliz, ahora?

—Sí, señor —respondió el chico tímidamente.

—Aprenderás una profesión de primera, tan digna como la del derecho y la ley, donde tu madre me dijo que le hubiera deseado encomendarte, si no fuera porque tu aplastante falta de intelecto te hizo no apto. Y ahora, Tobías, escúchame, atesora cada palabra que diga.

—Sí, señor.

—Te rebanaré la garganta de oreja a oreja si repites una sola palabra de lo que acontece en esta tienda, o te atreves a hacer una suposición, o a extraer alguna conclusión basada en aquello que puedas ver, o escuchar, o fantasear que ves u oyes. ¿Ha quedado claro ahora? Te rebanaré la garganta de oreja a oreja, ¿me explico?

—Sí, señor. No diré nada. Ojalá me convierta en uno de los pasteles de ternera de la Sra. Lovett en Bell Yard, señor, si se me escapa una sola palabra.

Sweeney Todd se incorporó de su asiento, y abriendo su boca de par en par, observó al chico en silencio durante uno o dos minutos, como si quisiera tragárselo, pero no hubiera decidido por dónde empezar.

—Muy bien —dijo al fin—, estoy satisfecho, muy satisfecho; y escúchame bien... la tienda, y solo la tienda, es el lugar que te corresponde.

—Sí, señor.

—Y si algún cliente te da un penique, quédatelo, así que si consigues suficientes, te convertirás en un hombre rico; únicamente me limitaré a cuidar de ellos por ti, y cuando piense que los necesitas, te los entregaré. Corre, sal fuera, y ve a ver qué hora señala St. Dunstan.

Una pequeña multitud se agolpaba delante de la iglesia, pues los gigantes estaban a punto de dar las siete menos cuarto, y entre el gentío había un hombre que contemplaba aquella exhibición con más curiosidad que el resto.

—¡Ahora, vamos allá! —dijo—, están a punto de empezar; bueno, qué ingenioso. Fijaos en el fulano que alza el bastón y lo abate sobre la vieja campana.

Las estatuas repicaron los tres cuartos; entonces, la muchedumbre que se había congregado para admirarlo, muchos de los cuales asistían al mismo espectáculo día tras día desde hacía años, se retiraron, menos aquel hombre que parecía profundamente fascinado.

Permaneció inmóvil mientras a sus pies yacía agachado un perro de aspecto noble, dirigiendo también su mirada hacia las estatuas, la cual, al percatarse de que su dueño no les quitaba el ojo de encima, se esforzó en fingir el mayor interés posible.

—¿Qué opinas, Héctor? —dijo el hombre.

El perro emitió un breve y apagado aullido; luego su amo prosiguió:

—Hay una barbería enfrente, así que antes de dar un paso más sería conveniente un afeitado, ya que debo visitar a una dama a pesar de la naturaleza triste de mi recado, pues he de decirle que el pobre Mark Ingestrie ha muerto, y solo el Cielo sabe cómo reaccionará la pobre Johanna; reconocerla no supondrá un problema por la descripción que Mark hizo de ella, pobre muchacho. Me aflige recordar lo mucho que me hablaba de ella aquellas largas noches que montábamos guardia, cuando reinaba el silencio, y ni la menor brisa agitaba sus cabellos. Casi juraría haberla visto en alguna ocasión, las veces que sus palabras evocaban sus rutilantes dulces ojos, sus pequeños y gentiles labios carnosos, y esos hoyuelos juguetones que rodeaban su boca. Bueno, bueno, de nada sirve llorar su pérdida; él es historia, pobre muchacho, y ahora el agua salada bombea por el corazón más valiente de cuantos han latido. Su enamorada, Johanna, sin embargo, tendrá el collar de perlas a pesar de todo; y si no puede ser la esposa de Mark Ingestrie en este mundo, que sea rica y feliz, pobre chiquilla, mientras viva —es decir, tan feliz como le sea posible—, y solo tendrá que esperar para reunirse con él allí arriba, donde no hay borrascas ni tempestades. Así que voy a ir a afeitarme de inmediato.

Cruzó la calle en dirección a la tienda de Sweeney Todd, y bajando por los escalones de la entrada, se topó cara a cara con el extravagante barbero.

El perro gruñó y olisqueó el aire.

—Caramba, Héctor —le dijo su amo—, ¿qué sucede? ¡Abajo, señor, abajo!

—Me dan un miedo mortal los perros —dijo Sweeney Todd—, ¿le importaría sentarlo afuera, señor, esperándolo en el portal, si no le supone una molestia? Solo dele un vistazo, ¡va a echárseme encima de un momento a otro!

—Sepa usted, entonces, que es la primera persona a la que ha atacado sin previa provocación —aseveró el hombre—, pero supongo que no le agrada su apariencia, y debo confesarle que no me sorprende. Me he topado con bastantes tipejos estrafalarios a lo largo de mi vida, pero que me ahorquen si alguna vez vi una cabezota como la suya. ¿Qué demonios fue eso?

—Fui yo, solamente —dijo Sweeney Todd—. Me he reído.

—¡Se rió! ¿Usted llama a eso risa? Me figuro que la contrajo de alguien que murió a causa de ella. Si esa es su manera de reírse, le ruego que no lo haga más.

—¡Detenga al perro! ¡Detenga al perro! No consiento perros correteando por mi trastienda.

—¡Aquí, Héctor, aquí! —le gritó su amo—; ¡fuera!

A regañadientes, el chucho abandonó la tienda y se acurrucó junto a la puerta, la cual el barbero se ocupó de cerrar, murmurando algo sobre las corrientes de aire, y entonces, volviéndose hacia el aprendiz —que estaba enroscado en un rincón—, le dijo:

—Tobías, hijo mío, ve a la Calle Leadenhall y tráeme una bolsita de galletones de la tienda del Sr. Peterson; dile que son para mí. Ahora, señor, supongo que querrá que le afeite, y es bueno que haya venido aquí, pues no hay barbería, aunque esté mal que lo diga yo, en toda la ciudad de Londres, que aspire a pulir a alguien tan bien como yo lo hago.

—Se lo diré alto y claro, maese barbero: si vuelvo a escucharle riéndose de ese modo, me levantaré y me largaré. No me gusta, y fin de la discusión.

—Muy bien —dijo Sweeney Todd mezclando la espuma—, ¿quién es usted? ¿De dónde viene? ¿Y a dónde se dirige?

—La brocha está helada, todo sea dicho. ¡Maldición! ¿Qué pretende metiéndomela en la boca? ¡No se ría, por el amor de Dios! Y puesto que tanto le apasiona formular preguntas, solo respóndame a una.

—¡Oh, sí! , desde luego; ¿qué se le ofrece, señor?

—¿Conoce a un tal Sr. Oakley, que reside en algún lugar de Londres, y es fabricante de anteojos?

—Sí, por supuesto; John Oakley, el fabricante de anteojos, en la Calle Fore, y tiene una hija de nombre Johanna, a la que los jovencitos más apasionados llaman «La Flor de la Calle Fore».

—¡Ah, pobrecilla! ¿Eso hacen? ¡El Diablo le confunda! ¿De qué se ríe ahora? ¿A cuento de qué?

—¿No dijo usted: «¡Ah, pobrecilla!»? Ladee un poco la cabeza; es suficiente. ¿Se ha echado a la mar, señor?

—Sí, así es, y recién estoy de vuelta de un viaje por la India.

—¿De veras!? ¿Dónde se habrá metido mi correa de cuero? La tenía hace un minuto, debo haberla dejado en alguna parte. ¡Qué raro que no la vea por ningún lado! Es un hecho extraordinario; ¿qué habrá sido de ella? Oh, ya caigo, me la olvidé en la trastienda. Quédese en su asiento, señor. Regreso en un santiamén; no se levante, por favor, señor. Por cierto, señor, por un momento puede matar el tiempo leyendo *El Courier*.

Sweeney Todd entró en la trastienda y cerró la puerta. De repente, se escuchó un barullo siniestro, una amalgama monstruosa de sonaridades que venía a ser la suma de un ruido precipitado seguido de un fuerte golpe; inmediatamente después, Sweeney Todd emergió de la rebotica y cruzándose de brazos, examinó *la silla vacía* donde estaba sentado su cliente, ahora libre de su ocupante, que se había esfumado sin dejar el más mínimo rastro tras de sí, a excepción de su sombrero, el cual Sweeney Todd sustrajo y guardó a buen recaudo en un armario que descansaba en un ángulo de la tienda.

—¿Qué ha sido eso? —dijo—, ¿qué ha sido eso? Me ha parecido escuchar un ruido.

La puerta se abrió lentamente, y Tobías apareció, exclamando:

—Si me disculpa, señor, se me olvidó el dinero, y he venido corriendo desde el camposanto de St. Paul.

En dos veloces zancadas, Todd fue a su encuentro y, agarrándole por el brazo, lo arrastró hasta el confín más lejano de la tienda. Acto seguido, se quedó de pie ante él mirándole a la cara con un gesto tan demoníaco que paralizó de terror al chico.

—¡Habla! —vociferó Todd—, ¡habla, y di la verdad, o tu última hora habrá llegado! ¿Cuánto tiempo estuviste husmeando por el rabillo de la puerta antes de entrar?

—¿Husmeando, señor?

—Sí, husmeando, no repitas mis palabras, mas respóndeme de una vez, será lo mejor para ti al final.

—No estaba husmeando, señor.

Sweeney Todd respiró profundamente al tiempo que dijo en un amago —fallido y extraño— de parecer jocoso:

—Bueno, bueno, muy bien; y si en verdad fisgoneaste, ¿entonces qué? No importa; quería saberlo, eso es todo. Ha sido una broma tronchante, ¿verdad? Desternillante, aunque algo peculiar, ¿eh? ¿Por qué no te ríes, perrito? Vamos, no ha sido nada. Dime en qué has pensado cuando has entrado en la tienda, y ambos nos reiremos de ello... lo pasaremos de muerte.

—No entiendo a qué se refiere, señor —dijo el chico, más alarmado por el súbito buen humor del Sr. Todd que por su arrebató de cólera—. No entiendo a qué se refiere, señor; solo volví porque no tenía dinero para pagar los galletones del Sr. Peterson.

—No me hagas caso —dijo Todd, girando sobre sus talones de improviso—; ¿quién está arañando la puerta?

Tobías abrió la puerta y allí estaba el perro, recorriendo el lugar con ojos melancólicos; y entonces rompió a aullar, lo cual inquietó seriamente al barbero.

—Es el perro del gentilhombre, señor —dijo Tobías—, es el perro del gentilhombre, señor, el que fue a ver el viejo reloj de St. Dunstan y vino aquí para afeitarse. Es gracioso, señor, que el perro no se fuera con su amo, ¿a que sí?

—¿Por qué no te ríes si te resulta tan gracioso? Deshazte del perro, Tobías; no admitiremos perros aquí; su mera visión me disgusta; espántalo, espántalo.

—De buena gana lo haría, señor, si me diera un minuto; pero me temo que, de algún modo, se resistirá. ¡Fíjese, señor, fíjese cómo se comporta! ¿Alguna vez había visto un perro tan agresivo, señor? Caramba, si sigue así, echará abajo la puerta del armario.

—¡Detenlo, detenlo! ¡A este animal lo ha poseído el Diablo! ¡Te he dicho que lo detengas!

El can hubiera logrado salirse con la suya si Sweeney Todd no se hubiera apremiado a detenerlo; mas pronto el barbero advirtió el peligro que conllevaba su temeridad, ya que el perro reaccionó hundiéndose sus colmillos en una de sus piernas causándole tal dolor que lo hizo aullar y retirarse precipitadamente, dándole vía libre al animal para que hiciera su voluntad. Esta consistió en abrir la puerta del armario por la fuerza, afanar el sombrero que Sweeney Todd había depositado en el mismo, y darse a la fuga con aire triunfante.

—Es el Diablo a cuatro patas —farfulló Todd—; se fue. Tobías, dijiste que viste al dueño de ese perro endemoniado contemplando la iglesia de St. Dunstan.

—Sí, señor, ahí lo vi. Si usted recuerda, me mandó a ver qué hora era, y las estatuas justo hacían sonar las siete menos cuarto, y antes de irme, le oí decir que Mark Ingestrie estaba muerto, y que Johanna debía tener el collar de perlas. Entonces entré, y después, si hace memoria, señor, entró él, y lo raro, ya sabe, para mí, señor, es que no se llevó a su perro consigo, ¿sabe usted el porqué, señor?

—¿Si sé el porqué de qué? —graznó Todd.

—Porque en general la gente lleva sus perros consigo, sabe usted, señor, ¡y qué me convierta en una de las empanadas de la Sra. Lovett, si miento!

—¡Silencio! , alguien se acerca; es el viejo Sr. Grant, del Templo. ¿Cómo está usted, Sr. Grant? Es un placer verle en tan buena forma, señor. Que un caballero de su edad presuma de un aspecto tan fresco y saludable, reconforta mi corazón. Siéntese, señor; inclínese un poco, si gusta. Un afeitado, imagino.

—Sí, Todd, sí. ¿Alguna novedad?

—No, señor, nada emocionante. Todo muy tranquilo, señor, salvo por las fuertes corrientes de aire. Cuentan que ayer hicieron volar el sombrero del Rey, señor, y tuvo que tomarlo prestado de Lord North. En cuanto al negocio, monótono también, señor. Con esta llovizna, deduzco que a la gente no le apetecerá salir para que los afeiten y los peinen. No hemos recibido visitas desde la última hora y media.

—¡Dios, señor! —le espetó Tobías—, se olvida del gentilhombre marinero con su perro, ya sabe, señor.

—¡Ah, es cierto! —dijo Sweeney Todd—. Se marchó, y lo vi meterse en un embrollo, creo, justo en la esquina del mercado.

—Me pregunto cómo es que no coincidí con él, señor —dijo Tobías—, pues vine por allí; y además es muy raro que dejara atrás a su perro.

—Sí, mucho —contestó Todd—. ¿Me disculpa un segundo, Sr. Grant? Tobías, hijo mío... quiero que me eches una manita en la trastienda.

Tobías, confiado, siguió a Todd hasta la rebotica, pero cuando hubieron entrado y la puerta estaba cerrada, el barbero se precipitó sobre él cual tigre furioso y, sujetándolo por el pescuezo, golpeó su cabeza repetidas veces contra el zócalo de esta, con tanto ahínco, que el Sr. Grant debió creer que se trataba de un carpintero ganándose el sueldo. Todd le arrancó un mechón de pelo, luego lo zarandó como a un muñeco y le propinó una salvaje patada, estrellándolo contra un rincón de la habitación; y a continuación, sin articular palabra, el barbero fue al encuentro de su cliente, echándole el pestillo a la puerta desde el exterior,

y dejando a Tobías la difícil tarea de digerir —dentro de lo posible— el trato abusivo del que había sido objeto.

A su regreso, se excusó ante el Sr. Grant por haberle hecho esperar, diciéndole:

—Era menester, señor, enseñarle a mi nuevo aprendiz un poco de los entresijos del negocio. Ahora lo he dejado allí estudiando. No hay nada mejor que explicarles las cosas a los jóvenes sin andarse con rodeos.

—¡Ah! —suspiró el Sr. Grant—, sé lo que es permitir que los jóvenes crezcan asilvestrados, puesto que aunque no he tenido descendencia, tuve que cuidar del hijo de mi hermana, un hermoso joven, salvaje e irresponsable. Nos parecíamos como dos gotas de agua. Traté de hacer de él un jurista, pero no funcionó, y ahora hace más de dos años que me dejó, rompiendo toda relación conmigo; y sin embargo, Mark poseía buenas cualidades.

—¡Mark, señor! ¿Dijo usted Mark?

—Sí, así se llamaba, Mark Ingestrie. Dios sabe qué habrá sido de él.

—¡Oh! —musitó Sweeney Todd y ocultó la barbilla del Sr. Grant bajo una espesa capa de espuma.

CAPÍTULO II

LA HIJA DEL FABRICANTE DE ANTEOJOS

—Johanna, Johanna, querida, ¿sabes qué hora es? Oye, Johanna, querida, ¿vas a levantarte? Aquí tu madre se ha ido trotando a visitar al padre Lupin y sabes que yo debo ir sin falta a casa de Alderman Judd en Cripplegate, y todavía no he catado ni un bocado de desayuno. Johanna, querida, ¿me oyes?

Dichas observaciones fueron hechas por el Sr. Oakley, el fabricante de anteojos, desde la puerta de los aposentos de su hija Johanna, la mañana siguiente después de los sucesos acaecidos en la barbería de Sweeney Todd que acabamos de constatar; y en aquel instante, una voz suave y dulce respondió a sus ruegos diciendo:

—Ya voy, padre, ya voy; estaré abajo en un momento, padre.

—No te apures, cariño, puedo esperar.

El ancianito fabricante de anteojos descendió de nuevo por las escaleras y buscó asiento en el salón ubicado en la trastienda, donde, en unos instantes, se le unió su única y amadísima hija.

Ella era sin duda una criatura de una gracia y belleza únicas. Tenía dieciocho años, pero parecía más joven, y su semblante estaba dotado de una expresión de delicadeza e inteligencia que casi desafiaba el paso de las eras. Su melena era negra y lustrosa, junto a un rasgo que raramente acompañaba tal atributo: unos ojos de un celestial azul profundo. No había rasgos autoritarios o de severidad en su hermosura, sino que la expresión de su cara rebosaba gallardía y dulzura. Era uno de aquellos rostros que se podría admirar durante un largo día veraniego, como si uno se dejara atrapar por el hechizo de las páginas de un libro de un interés cautivador que proporcionaba un festín de ensoñaciones placenteras y encantadoras reflexiones.

Había una nota de tristeza en su voz que quizás acentuaba su musicalidad, aunque también le daba un aire lastimero, y parecía indicar que en el fondo de su corazón yacía un pesar que todavía no había expresado —un anhelo de amor de su alma pura, que no contemplaba la esperanza de ver realizada—, la reminiscencia de una alegría pasada, que se había transformado en amargura y dolor: era un oscuro nubarrón en

un cielo soleado, cuya negra silueta dejaba pasar los haces de luz de un sol áureo, magnífico, pero que aun así seguía anunciando su presencia.

—Le he hecho esperar, padre —dijo ella, rodeando el cuello del abuelo con sus brazos—. Le he hecho esperar.

—No te preocupes, querida, no te preocupes. Tu madre está tan prendada del Sr. Lupin que ya sabes, se ha ausentado para asistir a la plegaria del miércoles por la mañana, y por eso no tengo desayuno; realmente creo que debo despedir a Sam.

—¡De veras, padre! ¿Qué ha hecho?

—Nada en absoluto, he ahí el problema. Tuve que quitar los postigos yo mismo esta mañana, ¿y sabes por qué motivo? Tuvo la desfachatez de justificarse diciendo que hoy no había podido encargarse de los postigos, ni tampoco de barrer la tienda, porque a su tía le dolían las muelas.

—Una pobre excusa, padre —dijo Johanna, mientras andaba ajetreada y dejaba listo el desayuno—; ¡una excusa de lo más pobre!

—¡Pobre de necesidad! Pero hoy vence su mes y debo librarme de él. Aunque supongo que tendré que vérmelas con tu madre, puesto que su tía pertenece a la congregación del Sr. Lupin; pero tan cierto como que estamos a 20 de agosto...

—Es 20 de agosto —dijo Johanna, al tiempo que se hundía en una silla y rompía a llorar—. ¡Lo es, lo es! Pensé que podría contenerme, pero no puedo, padre, soy incapaz. Esa fue la razón de mi tardanza. Sabía que mamá había salido; era consciente de que mi obligación era estar abajo y atenderle, y yo solo podía orar implorándole al Cielo que me diera fuerzas porque hoy era 20 de agosto.

Johanna pronunció tales palabras de un modo incoherente, en medio de llantos, y cuando hubo terminado, inclinó su rostro sobre sus infantiles manos y lloró cual niña.

El estupor, no desprovisto de una indudable consternación, se reflejó vívidamente en el semblante del viejo fabricante de anteojos, y durante unos minutos yació sentado totalmente patidifuso, con las manos descansando sobre las rodillas, mirando a su preciosa hija a la cara

—es decir, examinando aquello que sus delicados dedos eran incapaces de esconder—, como si recién despertara de un sueño.

—¡Buen Dios, Johanna! —clamó al fin—, ¿qué significa esto? Mi querida hijita, ¿qué ha ocurrido? Dímelo, querida, a menos que pretendas que muera de pena.

—Debería saberlo, padre —contestó—. No pensaba decir ni una palabra al respecto, pues consideraba que poseía la suficiente entereza mental como para mantener a raya mi pesar, mas ha supuesto un esfuerzo demasiado grande para mí y me he visto forzada a claudicar. Si sus ojos no hubieran alojado tal ternura cuando me observaban... si no me amara tanto como sé que me ama, hubiera sido una empresa fácil guardar mi secreto, mas sabiéndolo, es imposible.

—Querida —dijo el anciano—, en eso llevas toda la razón: te amo. ¿Cómo sería ahora el mundo para mí sin ti? Hubo un tiempo, veinte años atrás, en el que tu madre era la fuente de mi felicidad, pero últimamente, entre el Sr. Lupin, el coro eclesiástico y sus reuniones de té, apenas la veo, y lo poco que vislumbro de ella no es precisamente muy satisfactorio. Dime cariño, qué es lo que te incordia, que pronto lo pondré en su sitio. No pertenezco a la milicia urbana de la ciudad por nada.

—Padre, sé que su amor por mí le llevaría a hacer cualquier cosa que fuera humanamente posible, pero no puede devolverle la vida a los muertos; y si el día de hoy transcurre sin que lo vea, o reciba noticias tuyas, sé que, en lugar de buscar un hogar para mí, la mujer que amaba, estará cavando una tumba para sí mismo. Dijo que lo haría, me dijo que lo haría.

Aquí, ella con gesto intranquilo, estrujó sus manos y lloró de nuevo, presa de una angustia tan amarga que el fabricante de anteojos se sintió abrumado, y no supo qué diantres hacer o decir.

—¡Querida! ¡Querida! —gritó—, ¿quién es él? Espero que no te refieras a...

—¡Silencio, padre, silencio! Sé muy bien qué nombre le viene a los labios, pero incluso ahora algo en mí parece susurrarme que ya no está, y siendo así, no diga nada sobre él, padre, excepto si son halagos.

—Hablas de Mark Ingestrie.

—Sí, y si él adolecía de mil defectos, por lo menos me quería. Su amor era el más sincero y verdadero.

—Querida —dijo el viejo fabricante de anteojos—, sabes que por nada del mundo diría algo que pudiera molestarte, ni lo haré; pero dime qué hace que este día sea más lóbrego que los demás.

—Lo haré, padre; se lo diré. Fue este mismo día, hace dos años, cuando nos vimos por última vez en los jardines del Templo; él acababa de discutir acaloradamente con su tío, el Sr. Grant, y usted comprenderá, padre, que no era culpa de Mark Ingestrie, porque...

—Bueno, bueno, querida, no es necesario que des más explicaciones sobre dicho punto. Rara vez las chicas admiten que sus amantes tienen la culpa, pero sabes, hay dos formas, Johanna, de contar una historia.

—Sí, pero, padre, ¿por qué el Sr. Grant pretende forzarlo a estudiar una profesión que le desagrada?

—Querida, uno podría pensar también que si Mark Ingestrie verdaderamente te amaba, y pasaba por su mente el deseo de tomarte por esposa, debería haberse procurado un medio de subsistencia honorable tanto para él como para ti; me parece estupendo que no lo hiciera. Ves, querida, de amarte lo suficiente hubiera aceptado hacer un trabajo que no le agradara.

—Sí, pero, padre, usted sabe que es duro, para un joven de espíritu ardiente, ceder una vez afloran las desavenencias y el rencor sale a la luz; así, una palabra llevaba a la otra (pobre Mark) en las riñas con su tío, cuando quizás un gesto conciliador o un toque de amabilidad por parte del Sr. Grant probablemente hubiera logrado que se mostrara más receptivo ante sus demandas.

—Sí, así es —dijo el Sr. Oakley—. Hay un sinfín de excusas, mas sigue, querida, sigue, y dime exactamente cuál es el estado actual de dicho asunto.

—Lo haré, padre. Fue un día como hoy —20 de agosto—, hace dos años, que nos reunimos, y me dijo que él y su tío habían tenido una pelea irreconciliable, y que nada podía resolver sus diferencias. Mantuvimos una larga conversación.

—¡Ah! No me cabe duda.

—Y al final me dijo que se iría a buscar fortuna, una fortuna que albergaba la esperanza de compartir conmigo. Dijo que le había surgido la oportunidad de emprender un viaje a la India, y que de tener éxito, debería contar con los medios suficientes como para volver y empezar a labrarse un futuro en Londres más acorde con su ideología y sus hábitos que la vocación de jurista.

—¡Ah, bueno! ¿Qué más?

—Me dijo que me amaba.

—¿Y le creíste?

—Padre, usted le hubiera creído de haberle oído hablar. Su tono de voz transmitía una sinceridad tan profunda que ni el mejor de los actores (el que embelesa a su público con una interpretación magistral) hubiera podido igualar. Hay momentos y ocasiones en las que sabemos que estamos escuchando la voz majestuosa de la verdad, y hay tonos de voz que se sumergen en el acto en tu corazón, llevando consigo la convicción de una sinceridad que no existe tiempo ni circunstancia que pueda alterarla; tal era el tono con que me habló Mark Ingestrie.

—Y por lo tanto deduces, Johanna, que es fácil para un hombre joven despojado de la paciencia y la energía suficiente como para obtener un oficio respetable en su tierra, viajar al extranjero y hacer fortuna. ¿Es la pereza tan solicitada en otros países, que es merecedora de semejante recompensa, querida?

—Usted lo juzga con severidad, padre; no lo conoce.

—¡Que el Cielo me guarde de juzgar a alguien con severidad! Admito sin pudor que sabes más acerca de su auténtico carácter que un servidor, el cual, por supuesto, solo lo conoce superficialmente; mas continúa, querida, cuéntamelo todo.

—Aquel día hicimos un pacto, padre: que dos años después regresaría o bien recibiría noticias tuyas informándome sobre su paradero; si nada llegaba a mis oídos, debía asumir que había muerto, y ahora no puedo evitar llegar a esa conclusión.

—Pero el día no ha transcurrido todavía.

—Ya lo sé, y no obstante, me siento abocada a la desesperación, padre. ¿Usted cree en los sueños premonitorios?

—No sabría qué decirte, hija mía; no estoy dispuesto a darle crédito a un suceso cualquiera solo porque lo soñé, mas confieso que he oído algunas situaciones extrañas donde tales visiones nocturnas se han cumplido.

—¡El Cielo sabe que esta puede ser una de ellas! Anoche tuve un sueño. Estaba sentada a orillas del mar, y ante mí se extendía una superficie insondable de agua. Distinguía claramente el rugido del mar, el estrépito de las olas, y a cada paso, el viento era más vehemente y encarnizado; a lo lejos vi un navío entablado batalla contra las olas, y por un momento cabalgó por aquellas gigantescas montañas translúcidas, pero no tardó en hundirse, respondiendo a la llamada del abismo, hasta que no se asomaba ni un vestigio del barco, salvo las agonizantes cabezas de los largueros de sus altos mástiles. Y la tormenta se empeñaba en acrecentar su cólera sin descanso, y una y otra vez un fragor extrañamente hostil resonaba a través de las aguas sacudiéndolas con rabia; entonces vi un llameante fogonazo y fui consciente de que los tripulantes de ese buque condenado trataban desesperadamente de llamar la atención, de pedir ayuda. Padre, desde el principio supe que Mark Ingestrie estaba allí; mi corazón así me lo dijo. Sabía a ciencia cierta que estaba allí, y yo me sentía impotente... sentía una impotencia absoluta, era totalmente incapaz de prestarles el más mínimo auxilio. Solo podía presenciar aquella dantesca escena que se desenvolvía ante mí como un espectador mudo, aterrorizado. Y por fin escuché un clamor alzándose desde las profundidades —un alarido desgarrador, insólito, atronador—, que proclamó la suerte del galeón. Por un fugaz instante, contemplé sus mástiles estremeciéndose bajo el aire ceniciento, y luego se impuso una quietud malsana por unos segundos, hasta que se elevó un gemido inhumano, salvaje, que yo sabía que era el adiós desesperado de aquellos que se hundieron, para no emerger jamás, en esa embarcación. ¡Oh! Fue un quejido acongojante, de los que perduran en los oídos y engendran monstruosas pesadillas... un gemido que graba su impronta a fuego en tu cerebro si cometes la imprudencia de escucharlo, para que así sea recordado una y otra vez con espanto y horror.

—¿Y todo eso apareció en tu sueño?

—Sí, padre, sí.

—¿Y tú te sentías impotente?

—Mi impotencia era total y absoluta.

—Fue muy triste.

—Lo fue, como escuchará a continuación. El barco naufragó, y ese grito que oí era el desesperado réquiem de aquellos que se aferraban a sus restos con exiguas esperanzas, y aun así ese era su único refugio. ¿Por qué? ¿En qué otro lugar iban a encontrar el más mínimo ápice de consuelo? ¿En qué otra parte, salvo en medio de las embravecidas aguas, podrían darle caza a la seguridad? ¡En ninguna parte! ¡Todo estaba perdido! ¡Todo era desesperación! Traté de gritar (traté de gritarle al Cielo que se apiadara de esas almas valientes y galantes que habían puesto su posesión más preciada, la vida misma, a merced de las profundidades), y mientras yo intentaba brindarles tan ineficaz auxilio, divisé una pequeña mancha en el horizonte, y mis estresados ojos advirtieron que era un hombre flotando, sujetándose a una viga de madera, y yo supe que era Mark Ingestrie.

—Pero, querida, ¿seguro que no te turbó un mal sueño?

—Me llenó de tristeza; tendí mis brazos para salvarle, le escuché pronunciar mi nombre, me pidió ayuda. Fue todo en vano, él burló las olas hasta donde su naturaleza humana se lo permitió. No podía hacer nada más, y vi como desaparecía ante mi angustiada mirada.

—No digas que lo viste, querida, di mejor que fantaseaste que lo veías.

—Fue una fantasía tan real que no podré exorcizarla de mi memoria por muchos días que pasen.

—Bueno, bueno, a fin de cuentas, querida, es solo un sueño; y me da la impresión, sin afán de que mi aseveración pueda causarte más dolor por lo que se refiere a Mark Ingestrie, que hicisteis un pacto harto irresponsable; basta con considerar cuántas dificultades pueden surgir en la senda de la consecución de la promesa que te hizo. Sabes que me tomo tan a pecho tu felicidad que, si Mark hubiera sido un hombre digno y trabajador, no me hubiera opuesto a vuestra unión; mas créeme, mi querida Johanna, que un joven con tanta facilidad para malgastar dinero, y ninguna para ganarlo, es casi el peor marido que hubieras podido ele-

gir, y esa clase de hombre era Mark Ingestrie. Pero vamos, no le diremos ni una palabra de esto a tu madre, dejemos que el secreto, si es que lo podemos llamar así, permanezca a salvo conmigo; y si puedes informarme acerca del barco y bajo qué condiciones zarpó de Inglaterra, me desharé de mis prejuicios contra él y no dudaré en hacer cuanto esté en mis manos para averiguar cuál ha sido su sino.

—No sé nada más, padre; nos separamos para nunca más volvernos a encontrar.

—¡Bueno, bueno! Sécate las lágrimas, Johanna, y de camino hacia la casa de Alderman Judd, le iré dando vueltas al asunto, el cual, al fin y al cabo, no puede ser tan malo como imaginas. El muchacho es un chico apuesto, y posee, a mi entender, talento, si lo empleara en algún propósito útil; pero si se dedica a recorrer el mundo sin un rumbo u objetivo fijo, estás mejor habiéndote desembarazado de él; y en lo que atañe a su muerte, no debes sacar esa conclusión, ya que de algún modo u otro, como un penique falso, estos fulanos siempre regresan.

Había más consuelo en el tono de voz afable del fabricante de anteojos que en su vocabulario; pero en resumidas cuentas, a Johanna le complacía haberle revelado su secreto a su padre, ya que por ahora, en todo caso, ella tenía a alguien a quien podía mencionarle el nombre de Mark Ingestrie, sin necesidad de ocultar sus sentimientos como hacía antaño; y cuando su padre se marchó, sintió que, por el mero hecho de habérselo relatado, algunos de los terrores de su sueño se habían evaporado.

Permaneció un rato sentada entregada a una deliciosa ensoñación hasta que esta fue troncada por Sam, el mozo de la tienda, que irrumpió en la rebotica y exclamó:

—Por favor, Srta. Johanna, suponga que bajo a los muelles y trato de encontrar por usted al Sr. Mark Ingestrie. Quiero decir, figúrese que lo hago. Lo oí todo, y si me cruzo con él, ya le ajustaré las cuentas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ya no lo puedo soportar; ¿no le dije, hace más de tres semanas, que usted era el objeto de mi *infección*? ¿No le dije, cuando mi tía murió, que entraría en el negocio de la venta de velas y jabón, y que la desposaría?

A modo de respuesta, Johanna se levantó y abandonó la habitación, pues su corazón estaba demasiado lleno de abatimiento y de tristes especulaciones como para comportarse como lo haría un día cualquiera, o séase, tomándose a broma las declaraciones de amor de Sam; por lo que lo dejó a solas, saboreando para sí mismo el dulce amargor de sus fantasías románticas.

—¡Mil millones de infiernos! —bramó cuando volvió a la tienda—; siempre sospeché que había otro fulano, y ahora que lo sé, me arrancaré la cabeza a mordiscos por haberme consentido venir hasta aquí. ¡El Diablo le confunda! Espero que descanse en el fondo del mar y sea pasto de los peces. ¡Oh, cómo desearía machacar a todo el mundo! Si pudiera hacerlo ahora, me acercaría «a la sociedad en general», como así la denominan, y les enseñaría lo que un, dos, tres puñetazos en el ojo significan, y les haría morder el polvo.

El Sr. Sam, cegado por la ira, volcó un estuche de anteojos que cayó al suelo causando un estropicio mayúsculo, lo cual, por muy convincente que fuera su imitación de lo que en su opinión significaba propinar una paliza «a la sociedad en general», probablemente no le haría ninguna gracia al Sr. Oakley.

—Lo hecho, hecho está —se lamentó—, mas no importa. Recurriré al viejo ardid que empleo siempre que rompo alguna cosa, es decir, lo interpondré en el camino del Sr. Oakley y juraré que lo ha roto él. Nunca había conocido a semejante viejo ganso al que puedas persuadir con cualquier excusa; la idea, hoy (de que retirara los postigos esta mañana porque le dije que mi tía sufría de dolor de muelas), fue un acierto, vaya si lo fue. Mas me vengaré de ese fulano que me la ha arrebatado, considero que Johanna es de mi propiedad; le haré saber de lo que es capaz un corazón asolado. No vivirá lo bastante como para necesitar un par de anteojos, lo juro; o de lo contrario, no me llamo Sam Bolt.

CAPÍTULO III

EL PERRO Y EL SOMBRERO

Las primeras luces del amanecer centelleaban sobre los mástiles, el cordaje y las velas de una flota de buques que yacía bajo Sheerness. Las tripulaciones se desperezaban de su reposo nocturno y se personaban en las cubiertas de las embarcaciones, donde la guardia de noche acababa de ser relevada.

Un buque de guerra, que había escoltado la flota mercante a través del canal, disparó una salva tan pronto como el sol primerizo de la mañana se abatió por encima de sus puntiagudos mástiles. Luego, procedente de una batería situada en el vecindario, llegó otro reporte atrozador que fue respondido por otro más lejano, y luego otro, hasta que la cadena de baterías que resguardaba la costa, pues eran tiempos de guerra, había proclamado el nacimiento de un nuevo día.

El efecto de aquella sucesión de disparos, en el silencio de la madrugada, era impresionante; a medida que se desvanecieron en el infinito como la distante resonancia de un trueno, alguien dio una orden a bordo del buque de guerra, y el cordaje y los mástiles parecieron cobrar vida con una marabunta humana que trepaba por ellos en varias direcciones. Entonces, como por arte de magia, o como si el barco fuera también un ser viviente y poseyera alas, las cuales, a instancias de un mero deseo suyo, pudiera extenderlas a lo largo y a lo ancho, ondeó tales lienzos y fue una visión maravillosa; y conforme captaban la luz de la mañana, y el barco se movía al son de la suave brisa que soplabá al borde de la orilla, pareció, en verdad, *«que por las aguas animoso marchaba*»*.

La marinería de los barcos mercantes se detuvo sobre las cubiertas de sus respectivas naves, observando el buque de guerra que partía a punto de embarcarse en una nueva misión similar a la que había llevado a cabo, velando por el comercio del país.

Al superar a un galeón que había sido, de hecho, rescatado de garras enemigas, la tripulación, liberada de su cautiverio en una prisión extranjera, le dedicó una vigorosa ovación.

Bastó una reacción como esta, para que los demás barcos mercantes que vieron pasar por su lado al buque de guerra se contagiaran de su euforia haciéndola suya, y los miembros del gigantesco navío no se

demoraron en su réplica, lanzando al aire tres vítores ensordecedores —esos que a menudo sembraban el terror en los corazones de los enemigos de Inglaterra—, cuyo eco se multiplicó por la costa.

Era un espectáculo ufano y encantador para la vista —una visión que nadie más que un inglés sabría apreciar— divisar aquel buque navegando orgulloso por las aguas baldías. Decimos que nadie salvo un británico podría disfrutarlo porque ninguna otra nación ha intentado adueñarse de los siete mares sin sufrir una rotunda derrota, laureándonos, ahora y por siempre, señores de los océanos.

Dichos eventos fueron, en gran medida, suficientes para espabilar a la dotación del resto de bajeles, y sobre el coronamiento de una en especial, un mercante de grandes dimensiones que había estado comerciando en el Océano Índico, se inclinaban dos hombres. Uno de ellos era el capitán del barco y el otro un pasajero que tenía previsto partir esa misma mañana. Ellos estaban enzarzados en una seria conversación, y el capitán, usando su mano a modo de visera y oteando a lo largo de la superficie del río, dijo, respondiendo a una observación de su compañero:

—Ordenaré el buque cuando el Teniente Thornhill suba a bordo; teniente lo llamo, aunque carezco del derecho de nombrarlo así, pues ostentó tamaño rango estando al servicio del Rey, mas siendo joven fue degradado por batirse en duelo con su superior.

—El servicio ha perdido a un buen oficial —dijo el otro.

—Sin duda. Jamás hubo un hombre más valeroso que pisara nuestras filas, ni un oficial más brillante; pero comprenderá que existen ciertas reglas en el ejército y ejecutan los sacrificios que sean necesarios con tal de preservarlas. No entiendo qué lo retiene; se fue anoche y dijo que se acercaría a las escaleras del Templo porque quería visitar a alguien en la ribera, y después se pasaría por la ciudad para gestionar unos asuntos por su cuenta, y ello lo dejaría más próximo a los muelles, verá usted; y por el río discurren infinidad de cosas.

—Está en camino —gritó el otro—, no sea impaciente; lo verá en unos minutos.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Porque veo a su perro... allí, ¿no lo ve, chapoteando en el agua, nadando directo hacia el barco?

—No me lo puedo creer; veo al perro, desde luego, pero no distingo a Thornhill, y no hay siquiera un barco en las proximidades. No sé qué pensar. ¿Crees que mi mente me engaña diciéndome que le ha surgido un contratiempo? El perro parece exhausto. Vosotros, echadle una mano al can del Sr. Thornhill. ¡Caramba, es un sombrero lo que se asoma por su boca!

El chucho se abrió paso hasta la nave pero, sin la asistencia de los marineros —quienes sentían un aprecio especial hacia él—, no habría podido encaramarse al barco; cuando alcanzó la cubierta, se desplomó sobre ella, víctima de una fatiga arrolladora, y aun así, le quedaban energías para sostener el sombrero entre sus mandíbulas.

Mientras el animal yacía, jadeando, en la cubierta, los marineros intercambiaron miradas de asombro, y una sola idea se manifestó en sus cabezas en ese momento, y era que incuestionablemente algo muy serio le había ocurrido al Sr. Thornhill.

—Me causa pavor —confesó el capitán— la posible aclaración de este incidente.

—¿Qué diantres significa todo esto? Ese es el sombrero de Thornhill, y he aquí a Héctor. Dadle al perro agua y sustento de inmediato, parece hallarse al límite de sus fuerzas.

El can apenas mordisqueó la carne que le pusieron delante de su hocico y luego, llevándose de nuevo el sombrero a la boca, se plantó en un rincón de la embarcación y aulló penosamente; entonces, por un momento, se desprendió de su tesoro y, aproximándose al capitán, tiró del faldón de su abrigo.

—¿Usted lo entiende? —dijo el capitán al pasajero—. Juraría que algo le ha sucedido a Thornhill, y advertirá que el objetivo del perro es que lo siga para que vea en qué consiste.

—¿Así lo cree? Es un aviso, sea o no certero, que no me inclinaría a ignorar, y si quiere seguir al perro, le acompañaré. Puede ser más espinoso de lo que imaginamos, y no podemos consentir que el Sr. Thornhill no reciba toda la asistencia que esté en nuestras manos, dada la extraor-

dinaria ayuda que nos ha prestado. Mira cuán angustiada está la pobre bestia.

El capitán mandó lanzar un bote al agua *ipso facto*, a su vez, integrado por un cuarteto de corpulentos remeros. Luego lo abordó de un brinco, y el pasajero, que era el coronel Jeffery del Ejército de las Indias, fue detrás de él y el perro se sumó a ellos sin dilación, manifestando a su manera un gran entusiasmo por la expedición que juntos iban a emprender, y llevando consigo el sombrero, ya que mostró una enorme reticencia a desprenderse del mismo.

Acto seguido, el capitán ordenó a la embarcación que remara río arriba hacia las escaleras del Templo, lugar donde el dueño de Héctor había expresado su intención de proceder, y en cuanto el fiel animal se percató de la ruta que habían tomado, se tumbó en el fondo del bote totalmente satisfecho, y se entregó al merecido descanso que tanto necesitaba.

No puede decirse que el coronel Jeffery sospechara que hubiera sucedido algo de una naturaleza preocupante; es más, su teoría inicial, cuando debatieron sobre ello, radicaba en que con toda probabilidad el Sr. Thornhill, haciendo gala de la impetuosidad de carácter que ambos conocían tan bien, había intercedido en una disputa callejera y, en consecuencia, había sido puesto bajo la custodia de las autoridades civiles.

—Por supuesto —dijo el capitán—. Maese Héctor lo interpretaría como un asunto de una gravedad capital, y al verse privado de la compañía de su amo, acudió a nosotros, lo cual fue sin duda la acción más prudente; y no me sorprendería si él nos conduce hasta las puertas de algún puesto de vigilancia, donde hallaremos a nuestro amigo sano y salvo.

La marea subía, y que Thornhill no lo hubiera previsto regresando al buque a tiempo, era una de las cosas que más impactaron al capitán. Sin embargo, navegaron deprisa, y como a esa hora no había mucha actividad en el río que entorpeciera su avance, y puesto que en aquella época el Támesis no era una vía de circulación para diminutos y apestosos barcos de vapor, no tardaron en alcanzar las viejas escaleras del Templo.

El perro, que hasta entonces parecía que el sueño lo había vencido, se incorporó de pronto, y con el sombrero entre sus colmillos, embistió impetuoso la ribera, con el capitán y el coronel pegados a su cola.

Héctor los guió raudo a través del Templo, rastreando con un tacto admirable la senda precisa que su amo había recorrido de camino hacia la entrada de este en la Calle Fleet, enfrente de Chancery Lane. Atravesando la rúa como una flecha, de repente frenó en seco, gruñendo delante de la tienda de Sweeney Todd, reacción que pilló por sorpresa a sus perseguidores, y que les hizo detenerse y recapacitar antes de proseguir su avance. Mientras esto ocurría, Todd abrió la puerta sin previo aviso y le asestó un golpe al perro empuñando una barra de hierro, aunque este lo eludió presumiendo de una agilidad envidiable, y enseguida la puerta volvió a cerrarse, o por el contrario le hubiera hecho a Sweeney Todd arrepentirse de tal intromisión.

—Debemos indagar en este asunto —sugirió el capitán—. Parece que existe una hostilidad mutua entre ese hombre y el perro.

Ambos trataron de acceder a la barbería, mas estaba cerrada por dentro; y después de aporrear repetidamente la puerta, Todd habló desde el interior, gritando de mala gana:

—Mientras ese cachorro de Satán siga ahí, las puertas permanecerán cerradas. Está enloquecido, rabioso, o bien me guarda rencor (no lo sé, ni me importa el porqué), es un hecho, eso es todo lo que sé.

—Me comprometo —declaró el capitán— a que el perro no le haga daño alguno, pero abra la puerta, hemos venido para entrar y nada lo impedirá.

—Le tomo la palabra —contestó Sweeney Todd—, pero procure cumplirla, o le quitaré la vida a esa bestia para defenderme; así que si la aprecia, más le vale que sepa contenerlo rápido.

El capitán calmó a Héctor tan bien como pudo y le ató el extremo de un pañuelo de seda al cuello, mientras asía el otro firmemente con sus manos; tras lo cual Todd, quien al parecer de alguna forma era capaz de contemplar desde su posición lo que sucedía afuera, abrió la puerta y admitió a sus visitantes.

—Bueno, caballeros: afeitado, corte de pelo o peinado, estoy a su servicio; ¿por cuál debería empezar?

El perro no le quitaba el ojo de encima a Todd, y no dejó de gruñir roncamente desde el instante en que sus patas pisaron el suelo de la tienda.

—Es una situación de lo más singular —dijo el capitán—, pero este perro es muy sagaz, sabe usted, y es la mascota de un amigo nuestro que ha desaparecido de forma inexplicable.

—¿De veras? No me diga —exclamó Todd—. ¡Tobías! ¡Tobías!

—Sí, señor.

—Corre hasta la tienda del Sr. Phillip, en la Calle Cateaton, y tráeme seis peniques de higos en conserva, y esta vez no me digas que no te di el dinero cuando vayas a hacer el recado. Creo habértelo dado antes, pero debiste tragártelo; y a tu regreso, por favor, recuerda la valiosa lección sobre los fabulosos secretos de la barbería que te impartí ayer.

—Sí —dijo el chico sintiendo un escalofrío, pues Sweeney Todd le provocaba verdadero horror, y no era para menos, tras el severo castigo que había recibido de sus manos; y lejos se marchó.

—Bueno, caballeros —dijo Todd—, ¿qué requieren de mí?

—Queremos saber si alguien con la apariencia de un oficial de la marina se presentó en su casa.

—Sí... un hombre bien parecido, curtido, de brillantes ojos azules y cabellos rubios.

—¡Sí, sí! El mismo.

—¡Oh! Vino aquí, lo afeité y lo dejé bien pulido. De eso estoy seguro.

—¿Qué pretende decir con «lo dejé bien pulido»?

—Lo cepillé un poco y lo aseé. Dijo que tenía que ir a alguna parte de la ciudad; me pidió la dirección de un tal Sr. Oakley, un fabricante de anteojos. Se la di, y a continuación se fue, pero como pasados unos

cinco minutos yo me hallaba en mi portal, me dio la impresión, por lo que pude conjeturar desde la lejanía, que se enfrascó en una pelea cerca del mercado.

—¿Vino este perro con él?

—Un perro lo acompañó, si se trataba de este chucho o no, lo desconozco.

—¿Y esto es todo lo que sabe acerca del susodicho?

—Palabras más verdaderas jamás las pronunciará en su vida —sentenció Sweeney Todd, mientras afilaba diligentemente una navaja con su enorme y callosa mano.

Su respuesta sonó harto contundente, y el capitán miró al coronel Jeffery que, asimismo, le devolvió el gesto. Durante un lapso de tiempo, los dos caballeros apreciaron el valor del silencio. Por fin, este le dijo:

—Es insólito que el perro haya venido hasta aquí si realmente se separó de su amo en otra parte. Nunca había oído nada igual.

—Ni yo tampoco —añadió Todd—. Es insólito, tan insólito que, si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo hubiera creído. Apuesto, y dudo que me equivoque, que si visitan el puesto de vigilancia más próximo, encontrarán a su hombre.

El perro se había fijado en el visaje de todos los implicados en aquel fugaz diálogo, el cual había interrumpido en dos o tres ocasiones emitiendo unos extraños aullidos, como queriendo participar en él.

—Se lo diré alto y claro —amenazó el barbero—, prolongar la estancia aquí de esta condenada bestia, supondrá su muerte. Odio a los perros... los detesto; y les repito, como les he dicho antes, que si aprecian su vida, manténgalo alejado de mí.

—Usted dice que condujo a la persona que nos ha descrito hasta un fabricante de anteojos apellidado Oakley. Sabemos que iba en su busca y llevaba encima un objeto de valor; nos presentaremos allí y nos cercioraremos de si llegó a su destino.

—Se encuentra en la Calle Fore, una tiendecita con dos ventanas; no tiene pérdida.

El perro, al notar que iban a abandonar el lugar, montó en cólera. Con gran dificultad, lograron sacarlo a la fuerza fuera de la tienda y lo arrastraron unos pocos pies, pero tardó poco en arreglárselas para zafarse del yugo del pañuelo, y retrocediendo cual bala, se asentó frente a la puerta de Sweeney Todd, aullando lastimosamente.

No les quedó otra alternativa que dejarlo allí, con la intención de recogerlo de vuelta del comercio del Sr. Oakley, y al mirar atrás, vieron que Héctor había atraído a una muchedumbre que rodeaba el portal de la barbería. Era un hecho curioso ver un número tan grande de personas reunidas alrededor del perro, mientras el animal parecía esforzarse en explicarles lo sucedido a ese gentío. Transitaron por la arteria de Londres hasta que llegaron hasta el establecimiento del fabricante de anteojos y allí hicieron una pausa pues, de pronto, recordaron que la misión que el Sr. Thornhill se proponía llevar a cabo era de muy delicado talante, y bajo ningún medio se podía ejecutar a la ligera, y ni mucho menos podía, probablemente, llegar a oídos del Sr. Oakley.

—No debemos actuar precipitadamente —dijo el coronel.

—¿Pero qué debo hacer? Zarpo esta noche; al menos tendría que darme una vuelta por Liverpool con mi embarcación.

—Entonces, no visitaremos al Sr. Oakley; mas déjeme que corrobore el hecho con la máxima discreción.

—Mi preocupación por Thornhill a duras penas me permite irme pero supongo que debo, y si usted me envía una carta al Hotel Royal Oak, en Liverpool, seguro que me llegará, es decir, a menos que dé con el Sr. Thornhill, en cuyo caso no quisiera ocasionarle tantos dolores de cabeza.

—Confíe en mí. Mi amistad con el Sr. Thornhill, y mi eterna gratitud, como usted sabe, por sus grandes servicios prestados, me motivarán a hacer todo lo posible con tal de averiguar su paradero; y a sabiendas de que el Sr. Thornhill puso todo su empeño en entregar el mensaje con suma precisión y cuidado, yo recomendaría que irrumpiéramos en la casa del Sr. Oakley en el acto, si no fuera por el temor de comprometer a la

joven señorita (involucrada en el asunto, quien ya tendrá carga más que suficiente, pobrecita, con su propia aflicción), lo que me retiene.

Tras una serie de argumentaciones de semejante índole, acordaron que este debería ser el plan adoptado. Visitaron en vano el puesto de vigilancia del distrito, donde les informaron que allí no había tal persona, y que nadie respondiendo a la descripción del Sr. Thornhill se había enfrascado en un altercado o había sido detenido por ninguno de los alguaciles; y eso solo implicaba que el misterio era mayor que nunca, así que volvieron sobre sus pasos con la finalidad de recuperar al perro, pero era más fácil desearlo y proponérselo que conseguirlo, puesto que el uso de la persuasión y las amenazas resultaban ineficaces.

Héctor no se movía ni una pulgada de la entrada de la barbería. Allí yacía asentado, con el sombrero haciéndole compañía —una escena de lo más curiosa y melancólica de ver—, rindiéndole la más eficiente de las guardias; y era evidente, cuando enseñaba su formidable hilera de afilados colmillos a todo aquel desdichado que hacía el ademán de tocarlo, lo sagrada que era su posesión. Hubo transeúntes, también, que le echaron monedas de cobre en el sombrero, por lo que Héctor, si su mente se hubiera inclinado a pensarlo, estaba sacando una buena tajada de la situación; mas ¿cómo describir la rabia de Sweeney Todd, cuando reparó que estaba sufriendo tamaño acoso?

Dudaba de si, en cuanto se acercara el primer cliente a la tienda, el perro se colaría cual galgo —aunque no perteneciera a dicha raza—, y lo arrollaría; pero sus miedos se disiparon cuando un gallardo joven precedente del Templo fue a que lo peinara, y el perro le permitió entrar y salir sin causarle molestias, ni exhibir deseo alguno de seguirlo. Algo era algo, en cualquier caso; mas si eso garantizaba la integridad física de Sweeney Todd, cuando este se decidiera a salir de la tienda, era una cuestión muy distinta.

Sin embargo, era un experimento que debía poner en práctica. No podía continuar siendo un prisionero en su propia casa, era incuestionable; por lo que, transcurrido un tiempo prudencial, pensó que era hora de realizar el experimento y que sería mejor hacerlo cuando los transeúntes inundaran las calles porque, en caso de que el perro lo asaltara, tendría una excusa para recurrir a cualquier grado de agresividad que él considerara apropiado emplear para la ocasión.

Le llevó bastante tiempo, no obstante, reunir el coraje necesario pero, finalmente, mascullando maldiciones y palabras malsonantes, cruzó la puerta, blandiendo en su mano un cuchillo largo, el cual concluyó que sería un arma más eficaz contra los colmillos del perro que la barra de hierro que había utilizado con anterioridad.

—Ojalá me ataque —comentó para sí mismo Sweeney Todd mientras lo pensaba; pero Tobías, que estaba de vuelta del comercio de higos en conserva, lo oyó, y anhelando con fervor desde lo más hondo de su mente que el perro devorara cruelmente a su patrón, exclamó en voz alta:

—¡Oh, Dios mío, señor! Usted no desea algo tan atroz, estoy seguro.

—¿Quién te ha dicho lo que deseo y lo que no? Recuerda, Tobías, guárdate de dar tu opinión, o será peor para ti, y para tu madre también... recuérdalo.

El muchachito se encogió. ¡Cómo había aterrorizado al chico amenazando a su madre! Sin duda así lo hizo, o Tobías jamás se hubiera amedrentado de tal manera.

Entonces, aquel barbero granuja de quien empezamos a sospechar de más crímenes de los que habitualmente comete el hombre común y corriente, salió con cautela por la puerta de su tienda. Desconocemos por qué fue así pero, como fieles testimonios de los hechos, debemos afirmar que Héctor no se abalanzó encima de él, sino que, con una expresión triste y apagada, miró a Sweeney Todd a la cara; luego aulló lastimosamente, como queriendo decir: «Devuélveme a mi amo y perdonaré todos tus agravios; tráeme de vuelta a mi amado dueño y comprobarás que no soy tan vengativo ni tan feroz como aparento».

Esto transmitía la expresión que podía leerse escrita en las facciones del chucho, como si en verdad, habiéndosele otorgado el don del habla, esas palabras hubieran sido pronunciadas por la pobre criatura.

Desde luego fue algo para lo que Sweeney Todd no se había mentalizado, y siendo sinceros, lo azoró y sobresaltó bastante. Le hubiera gustado que le proporcionara una excusa para cometer algún acto de ensañamiento, pero ahora no tenía ninguna, y mientras estudiaba los rostros de las personas que había a su alrededor, se convenció de que no

sería lo más prudente del mundo interferir con el perro de algún modo que supiera a violencia.

—¿Por dónde anda el amo del perro? —dijo uno.

—¡Ah, eso me pregunto yo! —respondió Todd—. ¡No me sorprendería que hubiera tenido un fatídico desenlace!

—Pues yo os digo, viejo *espumitas* —chilló un chico—, que el perro dice que usted lo hizo.

Hubo un estallido de risas y carcajadas generalizadas, mas el barbero ni mucho menos perdió la compostura, y en breve replicó:

—¿Eso dice? Se equivoca entonces.

Sweeney Todd no tenía la menor intención de ser partícipe en algo que se asemejara a una controversia con el populacho, así que de nuevo se giró y se sumergió en su guarida, buscando asiento en un rincón distante y cruzando sus grandes y demacrados brazos sobre su pecho; se puso a cavilar y, a juzgar por el visaje que adquirió su rostro, esos pensamientos anticipaban complacencia, pues de vez en cuando su cara se torcía en una inquietante sonrisa que bien podría haber encajado en las facciones del ogro de un cuento de hadas.

Y ahora pasaremos página e iremos a otra escena de un carácter ampliamente distinto.

CAPÍTULO IV

LA PASTERERÍA EN BELL YARD

¡Escucha! La iglesia de St. Dunstan proclama jubilosa la llegada de las doce del mediodía; apenas repican las campanadas cuyo eco vuela disipándose por todo el vecindario, y justo el reloj de Lincoln's Inn termina de anunciar esa misma hora, cuando Bell Yard, en Temple Bar, es protagonista del escenario de una conmoción.

¡Qué correteo de pies arriba y abajo!, ¡qué alboroto de risas y habladurías!, ¡cuántos empujones para ser el primero!, ¡y cuán ingente es el catálogo de maniobras al que recurren algunos con tal de distanciarse los unos de los otros!

Muchas de las personas proceden de Lincoln's Inn —viejas y jóvenes, aunque no cabe duda de que la mayoría pertenece al primer grupo— y llegan batallando ajetreadas, a pesar de que los establecimientos legales vecinos no se quedan atrás; el Templo aporta sus números, y desde la más distante Gray's Inn también fluye un buen caudal de gente.

Ahora Bell Yard se halla al límite de la asfixia, y un forastero se preguntaría cuál podría ser el motivo, y con toda probabilidad se resguardaría en un portal hasta que la conmoción hubiera tocado a su fin.

¿Es un incendio? ¿Ha estallado una pelea, tal vez? ¿O ha sucedido cualquier otro incidente lo bastante alarmante o extraordinario como para inducir a los juristas más jóvenes a esa especie de frenesí colectivo? No, no es nada de eso, ni existe tampoco un proceso lo suficientemente importante como para que, en caso de caer en las zarpas de un practicante astuto, pudiera reportar una jugosa comisión. No, semejante regocijo es meramente de carácter físico, y todas esas prisas y ese frenetismo —tanta algarabía y tantas contrariedades—, tamaña amalgama de empujones, reyertas, carcajadas y alaridos, son solo para ver a quién atenderán primero en la pastelería de Lovett.

Sí, en la esquina izquierda de Bell Yard, bajando por la Calle Carey, se ubicaba —en el momento en el que transcribimos esta historia— una de las tiendas más célebres de venta de pasteles de carne de ternera y de cerdo que Londres jamás haya concebido. Altos y bajos, ricos y miserables, acudían allí en tropel; su renombre se había extendido a lo largo y a lo ancho de la arteria urbana y era porque el primer lote de aquellos

pasteles se servía a las doce en punto, que había tal apremio entre los juristas para hacerse con ellos.

Su fama se propagaba incluso a través de grandes distancias, y muchos clientes se los llevaban a los suburbios de la ciudad a modo de obsequio para los amigos y los familiares que residían allí. Y bien que se habían ganado su reputación esos deliciosos pasteles: su sabor era insuperable y raramente igualado; su masa era de la constitución más delicada, impregnada con el aroma de una salsa cuya exquisitez desafiaba toda descripción; las pequeñas porciones de carne que contenían eran tan tiernas, y la grasa y el magro habían sido mezcladas exhibiendo tal dominio de las artes culinarias, que degustar uno de los pasteles de Lovett alentaba el inevitable deseo de zamparse otro, de modo que muchas personas que vinieron a desayunar se quedaron a comer, perdiendo más de una hora de un tiempo, quizás, de un valor incalculable, haciendo peligrar por ello —¿quién puede decir lo contrario?— la consecución con éxito de un pleito.

El mostrador de la pastelería de Lovett parecía haber sido tallado imitando la forma de una herradura, y era costumbre que la sangre joven del Templo y de Lincoln's Inn se sentara en su borde conformando una hilera mientras saboreaban esas deliciosas empanadas y parloteaban animadamente sobre esto y aquello.

Más de un contrato se cerró en la pastelería de Lovett, y más de un escandaloso chisme circuló allí en exclusiva. El baile de lenguas era poco más que prodigioso. La sonora risa del joven que consideraba el cuarto de hora que pasaba en la pastelería de Lovett como el más radiante de todas las veinticuatro, se confundía fervoroso con las enardecidas risotadas de sus superiores y, ¡oh, cuán velozmente se esfumaban los pasteles!

Los servían en unas bandejas enormes, cada una de las cuales contenía cerca de una centena, y viajaban tan rápidamente de las susodichas hasta las hambrientas fauces de los clientes de la Sra. Lovett, que más de uno juraría que era el truco de un ilusionista.

Y ahora hemos retirado parcialmente el velo de un secreto a voces. Había una Sra. Lovett, pero quizás nuestros lectores ya habían adivinado que era obra de una mano femenina, y que esa voluptuosa y atractiva joven podría haberse aventurado en la elaboración de tales pasteles. Sí, la Sra. Lovett era todo eso; y cada enamorado joven vástago de la ley,

mientras devoraba goloso hasta el último pedazo de su pastel, se complacía con la idea de que la encantadora Sra. Lovett había cocinado esa empanadilla especialmente para él, y que el hado, o bien la predestinación, lo habían depositado en sus manos.

Era asombroso contemplar el tacto y la imparcialidad con que la lozana pastelera regalaba sus sonrisas a sus incontables admiradores, de manera que nadie pudiera sentirse rechazado, si bien era hartamente imposible para los asistentes afirmar quién era su cliente preferido.

Esta era una sensación de lo más placentera pero al mismo tiempo provocaba a los demás, salvo a la Sra. Lovett, a quien, despertando esa suerte de excitación, le propiciaba un extraordinario beneficio, pues muchos de los jovencuelos pensaban, y llevaban la razón también, que aquel que más pasteles consumiera, más opciones poseería de ser obsequiado con un número superior de sonrisas de la damisela.

Actuando de acuerdo a tal suposición, algunos de sus más fervientes admiradores engulleron pasteles hasta que estuvieron a punto de explotar. Pero hubo otros de nuevo, provistos de una mentalidad más filosófica, que acudieron solo por los pasteles, y les importó un comino la Sra. Lovett. Estos declaraban que su sonrisa evocaba incomodidad y frialdad —que se posaba en sus labios, mas rehuía su corazón—, y al igual que la sonrisa teatral de una bailarina, era una de las cosas más infaustas que existían.

Asimismo, hubieron otros que fueron más allá en sus acusaciones, y pese a admitir la excelencia de los pasteles, y a acudir a diario a hincharse el estómago con ellos, juraban que un aura siniestra rodeaba a la Sra. Lovett, que sus lisonjas eran pura superficialidad y que había «un diablo acechando en su mirada», el cual una vez despertado, podría ocasionar daños irreparables, y después no resultaría empresa fácil reprimirlo.

A las doce y cinco minutos, el mostrador de la Sra. Lovett estaba a rebosar, y el succulento vapor de las empanadas calientes flotaba por Bell Yard bajo la forma de nubes perfumadas, que se colaban por las fosas nasales de los pobres desgraciados que pasaban por ahí y no podían permitirse el lujo de sumarse a la multitud que estaba en el interior, devorando aquellos bocados exquisitos.

—Caramba, Tobías Ragg —exclamó un joven con la boca atiborrada de pastel—, ¿dónde te has metido desde que dejaste al Sr. Snow en las cámaras legales del Templo? Llevaba días sin verte.

—No —dijo Tobías—, he cambiado de oficio: en lugar de ser jurista y ayudarles a afeitar a sus clientes, ahora seré yo el que los afeitará a ellos. Uno de cerdo de dos peniques, por favor, Sra. Lovett. ¡Ah! ¿Qué sentido tendría ser emperador, si uno no pudiera llevarse a la boca pasteles como estos, eh, maese Clift?

—Bueno, están la mar de bien; eso por descontado lo sabemos, Tobías; Mas ¿eso significa que vas a ser barbero?

—Sí, soy el aprendiz de Sweeney Todd, el barbero de la Calle Fleet, en las cercanías de St. Dunstan.

—¡Menudo diablillo estás hecho! Bueno, esta noche voy a una fiesta, me acercaré para afeitarme, peinarme, y de paso promocionar a tu patrón.

Tobías arrimó sus labios al oído del joven letrado, y con voz temblorosa le susurró una única palabra: «No».

—¿No? ¿Por qué no?

Tobías no contestó; y tras arrojar sus dos peniques, salió de la tienda lo más rápido que le permitieron sus piernas. Estaba en el vecindario cumpliendo un recado que Sweeney Todd le había asignado; mas, al escuchar que el reloj daba las doce, y reparar en los dos peniques que yacían en el fondo de su bolsillo, no pudo resistir la tentación de irrumpir en la tienda de Lovett y convertirlos en una empanadilla de cerdo.

—*¿Qué suceso tan insólito!* —pensó el joven letrado para sus adentros—. *Me dejaré caer intencionadamente por el establecimiento de Sweeney Todd ahora mismo, y le pediré explicaciones a Tobías. También se me había ido de la cabeza, aprovechando su estancia aquí, preguntarle sobre ese escándalo del perro que no se despega del portal de Todd.*

—¡De ternera! —dijo jadeante un joven, entrando atropelladamente—; uno de ternera de dos peniques, Sra. Lovett.

Cuando lo tuvo entre sus manos, lo consumió con una voracidad animal; entonces, al percatarse de que había una cara conocida en el establecimiento, le susurró desesperado:

—No puedo soportarlo más. He dejado al fabricante de anteojos, Johanna me es infiel, y no sé qué hacer.

—Tómame otro pastel.

—¿Pero qué es un pastel comparado con la bella Johanna Oakley? Sabes, Dilki, que la razón por la que accedí a trabajar en esa *tienducha* fue para tener cerca a esa ricura. ¡Al cuerno los postigos y malditos sean los anteojos! ¡Ella ama a otro hombre y yo estoy desesperado! Me gustaría cometer un acto horrible e insensato. ¡Oh, Johanna, Johanna! Me has llevado al borde de eso que llamáis... sírvame otro de ternera, por favor, Sra. Lovett.

—Bueno, me preguntaba cómo te iban las cosas —dijo su amigo Dilki—. Pensaba en hacerte una visita.

—¡Oh! Todo iba bien, al principio todo iba bien. Ella me sonrió.

—¿Estás seguro de que ella no se rió de ti?

—¡Señor! ¡Sr. Dilki!

—Repito, ¿estás seguro que en lugar de sonreírte no se estaba mofando de ti?

—¿Que si estoy seguro? ¿Desea insultarme, Sr. Dilki? ¿Le parezco un perrito faldero, señor, un horrible perrito faldero?

—Muy bien; con eso acabas de convencerme de que la chica se ha estado divirtiendo un poco a tu costa. ¿No te das cuenta, Sam, de que tu nariz es tan empinada que cualquier día hará que te caigas de espaldas? ¿Cómo pretendes que alguna dama que no sea una cuarentona solterona te dirija siquiera la palabra? Ten en mente que de ningún modo te digo esto con el ánimo de ofenderte, sino que lo hago tranquilamente, a modo de pregunta.

Sam lo apuñaló con la mirada, y probablemente hubiera intentado cometer un acto desesperado en la pastelería si en aquel preciso instante no hubiera llamado la atención de la Sra. Lovett, y pudo atestiguar

por la fiereza del visaje de la mujer, que el más pequeño signo de revuelo sería sofocado sin dilación, por lo que se escabulló del lugar arrastrando su amargura y sus penas a otra parte.

Era solo entre las doce en punto y la una del mediodía que la gente acudía en masa a la pastelería y se sucedían las prisas y los empujones ya que, aunque las ventas eran buenas a lo largo del día, y el negocio era una máquina de generar dinero desde la mañana hasta la noche, era a esa hora principalmente cuando más pasteles se consumían.

Tobías sabía por experiencia que Sweeney Todd poseía un talento casi diabólico a la hora de calcular el tiempo requerido para alcanzar cada uno de los indómitos dominios de Londres, y por consiguiente, dado que había malgastado gran parte de la más valiosa de todas las mercancías en la pastelería de Lovett, llegó sin aliento a la tienda de su patrón.

Ahí seguía asentado el perro misterioso guardando el sombrero, y Tobías se detuvo un segundo para hablarle al animal. Los perros son grandes fisonomistas; y la criatura, al mirar a la cara del jovencito, pareció concluir que no había maldad en su semblante y se formó una impresión favorable, pues de buena gana aceptó sus caricias.

—¡Pobre animal! —dijo Tobías—. Ojalá supiera qué ha sido de tu amo, porque anoche me desperté temblando como una hoja, haciéndome esa misma pregunta. Aunque no te morirás de hambre, si de mí depende. No me sobra la comida, pero la compartiré contigo.

Conforme hablaba, Tobías sacó de su bolsillo un cacho de carne fría no demasiado tentadora, destinada a convertirse en su cena, el cual había envuelto con unos harapos, que no eran precisamente los más limpios del mundo. Le ofreció una parte al perro, que la tomó con aire taciturno, para luego volver a agazaparse en el portal de la barbería.

Justo entonces, cuando Tobías se disponía a atravesar el umbral de la tienda, le pareció escuchar un ruido extraño, metálico y estridente, dándole la bienvenida desde las entrañas de la misma. En el fragor del momento retrocedió un paso o dos, y a continuación, fruto de otro arrebato, se lanzó hacia adelante y penetró en la barbería.

El primer objeto que captó su atención descansando sobre una mesilla fue un sombrero junto al cual yacía un precioso bastón de empuñadura de oro.

El sillón donde habitualmente se acomodaban los clientes para que los afeitaran estaba vacío, y el semblante de Sweeney Todd se proyectó de repente a través de la tienda desde la rebotica, exhibiendo una mueca insólita y monstruosa.

—Bueno, Tobías —dijo él, a medida que avanzaba, frotando sus manazas—, ¡bueno, Tobías! ¿Así que no te pudiste resistir al dulce canto de sirena de la pastelería?

—¿Cómo es posible que lo sepa? —pensó Tobías intrigado—. Sí, señor, he estado en la pastelería, pero no me demoré ni un minuto.

—¡Escúchame, Tobías! Lo único que puede justificar que te retrases durante la entrega de un recado es porque fuiste a por uno de los pasteles de la Sra. Lovett. En eso hago la vista gorda, así que no pienses más en ello. ¿Verdad que son deliciosos, Tobías?

—Sí, señor, lo son; mas según parece, un gentilhombre se ha olvidado su sombrero y su bastón.

—Sí —masculó Sweeney Todd—, lo hizo. —E irguiendo el bastón en el aire, le propinó tal golpe a Tobías que lo derribó, tirándolo al suelo—. Segunda lección para Tobías Ragg, que le enseñará a no hacer comentarios sobre aquello que no le atañe. Piensa lo que te apetezca, Tobías Ragg, pero dirás solamente aquello que me agrada.

—No lo toleraré —bramó el chico—. No seré maltratado de esta manera, se lo repito, Sweeney Todd, no lo toleraré.

—¿¡Que no!? ¿Te has olvidado de tu querida madre?

—Usted afirma ejercer un poder sobre mi madre, pero no sé cuáles, y no puedo ni quiero crérmelo; le abandonaré, y pase lo que pase, me echaré a la mar o me iré a cualquier otro lugar, antes que permanecer en un sitio como este.

—¡Oh!, ¿eso harás, de veras? En ese caso, Tobías, tú y yo debemos mantener una pequeña charla. Te diré qué poder ejerzo sobre tu madre, y luego quizás estarás satisfecho. El pasado invierno, cuando las

heladas se prolongaron por dieciocho semanas, y tú y tu madre os moríais de hambre, ella fue contratada para limpiar los aposentos de un tal Sr. King, en el Templo, un hombre severo, con el corazón frío, que en su vida perdonó a nadie y jamás lo hará.

—Lo recuerdo —dijo Tobías—, estábamos hambrientos y debíamos una guinea entera de alquiler; pero mamá la pidió prestada y saldó la deuda, y luego consiguió el empleo que ahora ocupa.

—Ah, eso crees. El alquiler fue pagado, pero Tobías, hijo mío, déjame decirte algo... ella robó un candelabro de plata de una de las habitaciones del Sr. King para sufragarlo. Lo sé. Puedo probarlo. Piensa en ello, Tobías, y sé discreto.

—Apíadese de nosotros —suplicó el chico—. ¡Le quitarían la vida!

—¡Su vida! —berreó Sweeney Todd—. Sí, puedes apostar que lo harían: la colgarían... la colgarían, te lo aseguro; y ahora toma conciencia de que si me obligas (debido a tu mala conducta) a irme de la lengua, serás el verdugo de tu madre. Hubiera sido mejor ir, suplir al verdugo, y acabar con ella de una maldita vez.

—¡Horrible! ¡Horrible!

—¡Oh! , ¿no te seduce la idea? Sin duda, no te conviene, maese Tobías. Sé discreto pues, y no tendrás nada que temer. No me obligues a desencadenar un poder que será tan absoluto como terrible.

—No diré nada... no pensaré nada.

—Excelente. Ahora ve y deja el sombrero y el bastón allá, en el armario. Me ausentaré un rato y si alguien viene, dile que reclamaron mi presencia y que no estaré de vuelta hasta pasada una hora o quizá más, y ocúpate de cuidar bien de la tienda.

Sweeney Todd se quitó el delantal y se embutió en un abrigo inmenso de grandes solapas, tras lo cual, encasquetándose un tricornio en la cabeza, a la vez que fulminaba a Tobías con la mirada, salió impetuoso a la calle.

CAPÍTULO V

LA REUNIÓN EN EL TEMPLO

¡Ay! Pobre Johanna Oakley; tu día pasó y no trajo consigo ninguna noticia de tu amado. ¡Y, oh, qué jornada más extenuante ha sido, plagada de terroríficas dudas y angustias! Torturada por incertidumbres, esperanzas y miedos, ese día fue uno de los más miserables que la pobre Johanna había tenido jamás. Ni siquiera dos años antes, cuando se separó de su amado, había sentido tal exquisita punzada de angustia como la que ahora inundaba su corazón al contemplar la luz del día desapareciendo en la lejanía y el ocaso reptando con celeridad, sin una mísera noticia o señal de vida de Mark Ingestrie. Ella no advirtió, hasta que no la abrumó toda la agonía de su decepción, lo mucho que contaba con recibir noticias suyas en esa ocasión; y mientras el atardecer se transfiguraba en noche, y la esperanza se volvía tan débil que ella ya no pudo continuar valiéndose de su apoyo, se vio obligada a encerrarse en su habitación, y fingiendo indisposición para evitar las preguntas de su madre —pues la Sra. Oakley estaba en casa, incomodando tanto a los demás como a ella misma—, se arrojó sobre su humilde diván y se entregó a una pasión perfecta de lágrimas.

—¡Oh, Mark, Mark! —sollozó—, ¿por qué me abandonas así, cuando con tanta abundancia he dependido de tu amor verdadero? Oh, ¿por qué no me has enviado alguna prueba de tu existencia, de que continúas queriéndome? La más simple, la más mera palabra hubiera sido suficiente, y habría sido feliz.

Lloró entonces unas lágrimas amargas que solo un corazón como el suyo podía conocer, aquel que siente la profunda desazón y la angustia del abandono, cuando los cimientos rocosos que supuestamente aguantan sus más anheladas esperanzas se reducen a sí mismos convirtiéndose en simples arenas movedizas, engullendo toda la bondad que el mundo puede suministrar a los justos y a los agraciados.

Oh, es descorazonador pensar que alguien como ella, Johanna Oakley, un ser tan lleno de esa miríada de emociones gentiles y sagradas que deberían constituir la verdadera felicidad, pudiera así sentir que la vida para ella había perdido sus mayores encantos y que nada, salvo la desesperación, prevalecía.

—Aguardaré hasta la medianoche —dijo—, e incluso entonces supondrá un escarnio buscar reposo, y mañana debo esforzarme para obtener alguna pista sobre su paradero.

Entonces, comenzó a cuestionarse en qué radicarían sus esfuerzos, y cómo una chica joven e inexperta como ella podía aspirar a tener éxito en sus investigaciones. Y por fin llegó la medianoche, anunciándole que la palabra día en su máxima expresión se había ido finalmente, abandonándola a su desesperación.

Permaneció la noche entera sollozando, y solo a veces cayó en un sueño inquieto, el cual la obsequió con visiones dolorosas, todas, sin embargo, compartiendo una misma tendencia, y apuntando hacia el presunto hecho de que Mark Ingestrie era historia.

Pero ambos quedarían atrás, desde la noche más agotadora hasta la más extenuante pesadilla y, al fin, el alba suave y hermosa se escaulló por los aposentos de Johanna Oakley, espantando algunas de las quimeras más horribles de la noche, pero surtiendo escaso efecto en el sometimiento de la tristeza que se había apoderado de ella.

Pensó que sería mejor hacer acto de presencia abajo antes que aventurarse a las observaciones y las conjeturas que se darían lugar en caso de no hacerlo, por lo que, tan incapacitada como se encontraba para desenvolverse en la más mundana de las actividades, se arrastró hasta el comedor, convertida en una sombra de sí misma en vez del ser brillante y esplendoroso que le habíamos descrito al lector. Su padre comprendió qué era lo que le robaba el rubor a sus mejillas, y pese a que la contempló angustiado, aun así se reconfortó considerando que había razones de peso para aspirar a un futuro esperanzador.

Se había convertido en parte de su filosofía —en general, una parte de la filosofía que atañe a los ancianos— estimar que esas sensaciones que afloran en la mente derivadas de los desengaños amorosos, son de una naturaleza de lo más evanescente; y que, aunque durante un tiempo esas emociones se manifiestan con violencia, estas, como el duelo por los difuntos, pronto pasan, dejando apenas un rastro de su existencia pasada.

Y quizás tenía razón en cuanto a la mayor parte de esas pasiones se refiere; mas no cabe duda que se equivocó cuando aplicó a su hija Johanna su conocimiento de la sabiduría mundana. Ella era una de esas

raras criaturas que no entregan sus corazones al primer adulator que les regala los oídos con expresiones de admiración. No; ella estaba capacitada, eminentemente capacitada, para enamorarse una sola vez, y nada más que una; y como la flor de la pasión, que florece desplegando en abundancia su belleza en una ocasión y nunca más brota en flor, ella le permitió a su corazón que se abriera a la tierna influencia del amor, el cual, al verse aplastado por la adversidad, se había ido para siempre.

—De verdad, Johanna —dijo la Sra. Oakley con el acento piadoso de una monja—, luces tan pálida y enferma que definitivamente debo hablarle de ti al Sr. Lupin.

—El Sr. Lupin, querida —dijo el fabricante de anteojos—, puede que le vaya de maravilla como pastor pero yo no veo qué puede hacer por la palidez de Johanna.

—Un hombre piadoso, Sr. Oakley, tiene que ver con todo y con todos.

—Entonces, debe ser la molestia más insufrible que existe; y no me extraña que lo echaran a patadas de algunas casas, como he oído que le ha sucedido al Sr. Lupin.

—Y si así fue, Sr. Oakley, puedo decirte que él se jacta de ello. Al Sr. Lupin le gusta sufrir por la fe; y si mañana lo convirtieran en un mártir, estoy segura de que lo aceptaría con sumo placer.

—Querida, estoy bastante seguro de que (su sacrificio) no le daría ni la mitad de placer que a mí.

—Capto tu insinuación, Sr. Oakley. Te gustaría que fuera asesinado por su santidad pero, aunque digas esta clase de cosas frente a la mesa de tu comedor, no dirás lo mismo cuando venga esta tarde a tomar el té.

—¡A tomar el té, Sra. Oakley! ¡No te he dicho una y otra vez que no quiero a ese hombre en mi casa!

—¿Y no te he dicho, Sr. Oakley, el doble de veces que las tuyas, que vendrá a tomar el té? Y se lo he pedido ya, no tiene arreglo.

—Pero, Sra. Oakley...

—Es inútil tu cháchara, Sr. Oakley. El Sr. Lupin viene a tomar el té, y así será; y si no te gusta, puedes irte a la Conchinchina. Estoy segura de que no te puedes quejar, ahora que tienes la libertad de marcharte; pero eres como el perro del hortelano. Sr. Oakley, lo sé muy bien, y nada te complacerá.

—¡Una grandiosa libertad, sin duda, la libertad de irme de mi propia casa para dejársela a alguien que no me cae bien!

—Johanna, querida —dijo la Sra. Oakley—, creo que me sobreviene mi vieja dolencia, la arritmia y la histeria. Sé lo que la provoca... es la brutalidad de tu padre; y justo porque el Dr. Fungus repitió una y otra vez que necesitaba permanecer en reposo, tu padre aprovecha la menor oportunidad cual bestia salvaje, o maníaco rabioso, para tratar de hacerme enfermar.

El Sr. Oakley dio un brinco que terminó en una sonora pataleta, y farfullando algo acerca de la posibilidad de convertirse en un maníaco de verdad en breve, se precipitó por su tienda, y se puso a pulir sus anteojos como si tratara de ganar una apuesta.

Este pequeño *affaire* entre su padre y su madre ciertamente logró, por un momento, desviar la atención de Johanna, y fue así capaz de asumir una alegría que no sentía; pero en su interior residía algo del espíritu de su padre respecto al Sr. Lupin, y decididamente se negaba a compartir mesa con ese individuo, por lo que la Sra. Oakley se quedó en minoría para la ocasión, lo cual quizás, como ella esperaba, no suponía un gran inconveniente después de todo.

Johanna subió escaleras arriba hacia su habitación que le ofrecía una amplia vista de la calle. Era una casa de estilo antiguo, con un balcón enfrente, y mientras miraba con apatía por la Calle Fore, la cual estaba lejos entonces de ser la vía pública que es ahora, vio a un desconocido de pie en una puerta en el lado opuesto de la rúa, con la mirada fija en la casa, el cual, cuando sus ojos se encontraron, se aproximó al instante y lanzó algo en el balcón del primer piso. Luego le dio un sutil toquecito a su gorra y se alejó a toda prisa del callejón.

De inmediato vino a la mente de Johanna el pensamiento de que posiblemente se trataba de un mensajero enviado por él, cuya existencia y bienestar tan profundamente le preocupaban. Por consiguiente, no es de extrañar, que con el nombre de Mark Ingestrie danzando en sus labios

bajara corriendo hacia el balcón presa de una ansiedad arrebatadora, para ver y oír si ese era el caso.

Cuando llegó al balcón, encontró un trozo de papel yaciendo en el suelo que estaba envuelto en torno a una piedra, con la intención de hacerlo más pesado, para que así pudiera ser lanzado con certeza hasta el balcón. Con trémulo afán, desenvolvió el papel y leyó las siguientes palabras:

«Para tener noticias sobre Mark Ingestrie, acuda a los jardines del Templo una hora antes de la puesta del sol, y no tema dirigirse a un hombre que sostenga una rosa blanca en su mano».

—¡Él vive! ¡Vive! —gritó eufórica—. ¡Él vive, y la alegría habita de nuevo en mi pecho! Oh, ahora es de día y luce el sol comparado con la negra medianoche de la desesperación. Mark Ingestrie vive, y yo todavía puedo experimentar la felicidad.

Puso el pedacito de papel en su pechera, y luego, con las manos juntas y una expresión de alegría en su faz, repitió las palabras breves, pero expresivas, que contenía, añadiendo:

—Sí, sí, allí estaré; la rosa blanca es un símbolo de su pureza y afecto, de su amor impoluto, y es por ello que su mensajero la lleva. Allí estaré. Una hora antes de la puesta del sol, ¡sí, dos horas antes de la puesta del sol! Allí estaré. ¡Gozo, alegría! ¡Vive, vive! ¡Mark Ingestrie vive! Acaso, también, triunfante en su objetivo, vuelve para decirme que puede hacerme suya, y que no hay ahora obstáculo que pueda interferir para frustrar nuestra unión. ¡Tiempo, tiempo, vuela con tus alas más veloces!

Regresó a sus aposentos, pero no como había hecho antes, para ahogar su llanto, sino al contrario, fue para reírse de sus miedos pasados y admitir la filosofía que afirma que sufrimos mucho más por el temor hacia las cosas que nunca llegan a sucedernos que por las calamidades reales que nos ocurren y nos azotan con toda su fuerza.

—¡Oh, si ese mensajero hubiera venido ayer, cuántas horas de angustia me habría ahorrado! —exclamó—. Pero no me quejaré; que no sea dicho que me quejo del júbilo presente porque no llegó antes. Seré

feliz cuando pueda y, a sabiendas de que pronto escucharé buenas nuevas sobre Mark Ingestrie, extinguiré todos mis temores.

La impaciencia que ahora sentía trajo consigo su sufrimiento y sus penalidades, y sin embargo era una emoción muy diferente a cualquiera de las que había soportado anteriormente, sin duda mucho más deseable que la angustia absoluta que se había apoderado de ella al no saber nada acerca de Mark Ingestrie.

Fue curioso, muy curioso, que nunca cruzara por su mente el pensamiento de que las noticias que iba a escuchar en los jardines del Templo de boca del extranjero podían ser malas, mas sin duda, no le sobrevino dicho razonamiento, y estaba a la espera de una reunión de la que ciertamente no tenía pruebas para saber que no podía resultar de lo más desastrosa.

Se preguntaba una y otra vez si debía contarle a su padre lo ocurrido, pero tan pronto como ella pensaba en hacerlo, menguaba su deseo de llevar a cabo lo que su mente le sugería, y volvía a ella con fuerza la tendencia natural de guardarse para sí misma el secreto de su felicidad.

Aun así, no era tan insensible como para no percatarse de que estaba tratando a su padre como si fuese un regazo sobre el que llorar sus penas, por así decirlo, para después no hacerle partícipe de las alegrías pertenecientes a las mismas circunstancias.

Esto era algo que no iba a seguir haciendo, y ella adoptó una resolución para aliviar su conciencia de la desazón que de otro modo la hubiera atormentado; determinó comunicárselo tras la entrevista en los jardines del Templo, fuera cual fuera su resultado; pero no podía decidirse a hacerlo de antemano, era tan agradable y tan delicioso mantener el secreto para ella sola, y sentir que solo ella sabía que su amado se había mantenido fiel a su promesa y le había enviado un mensaje únicamente con un día de retraso, un día de retraso, tal vez, por circunstancias ajenas a él.

Y así razonó para sí misma y trató de matar esas horas de ansiedad, a veces logrando olvidarse de cuánto faltaba para que el sol se ocultara, y en otras sintiendo como si cada minuto se ensanchara perversamente diez veces su proporción normal con la mera finalidad de contrariarla.

Ella había dicho que se personaría en los jardines del Templo dos horas antes de la puesta del sol en lugar de una, y cumplió su palabra, pues más feliz de lo que había estado desde hacía semanas, bajó atropelladamente las escaleras de la casa de su padre, y a punto estaba de irse por la escalera privada cuando una extraña figura de aspecto demacrado atrajo su atención.

No era ningún otro que el reverendo Sr. Lupin; un hombre alto y extravagante, y para la ocasión había venido a lomos de lo que él denominó montura, es decir, a lomos de un poni diminuto, el cual parecía muy descompensado para soportar su peso, y era tan achaparrado que, si el reverendo gentilhomme no hubiese ladeado las piernas, estas hubieran tocado el suelo.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo él solemnemente—. He interceptado al Maligno. Doncella, acudí aquí por mandato de su madre, y vos os quedaréis y beberéis del sacro brebaje llamado té.

Johanna apenas condescendió a mirarlo sino que, cubriéndose con su capa, la que él tuvo la impertinencia de tratar de agarrar, se fue caminando, por lo que el estrafalario pastor se quedó sin saber qué hacer con cara de idiota.

—¡Deteneos! —gritó—, ¡deteneos! Percibo con claridad que el Diablo ejerce una poderosa influencia sobre vos, percibo con claridad... ¡Señor, ten misericordia de mí! Este animal me la tiene jurada, tan cierto como que la noche sigue al día.

Esta última exclamación surgió del hecho de que el poni alzó sus cuartos traseros de forma misteriosa.

—Me temo, señor —dijo un muchacho que no era otro que nuestro viejo amigo Sam—, me temo, señor, que algo le sucede al poni.

De nuevo, los talones del poni adoptaron esa inusual posición.

—¡Dios me bendiga! —dijo el reverendo gentilhomme—; nunca antes había hecho algo parecido. Yo... ahí va otra vez... ¡Asesino! Joven, le ruego que me ayude a bajar; creo que le conozco; vos sois el nieto de la piadosa Sra. Pump... ¡Realmente este animal desea mi muerte!

En aquel momento, el poni levantó sus cuartos traseros con tal vigor que, dando una coz, propulsó al Sr. Lupin hacia delante y dio una

voltereta completa, aterrizando justo enfrente del portal de la casa del fabricante de anteojos; y, por desgracia, ocurrió que la Sra. Oakley, en aquel momento, al oír el estruendo, salió disparada, y lo primero que hizo fue tropezar y rodar hasta los pies del Sr. Lupin.

Sam sentía que era hora de irse; y como nos desagradan los misterios inútiles, bien podemos explicar que estos sucesos extraordinarios surgieron a raíz de que Sam había comprado en la mercería de enfrente medio penique en agujas, y se había divertido convirtiendo en un alfilerero los cuartos traseros del poni del reverendo Lupin que, al no estar habituado a semejante situación, propinó vigorosas coces a modo de protesta en contra de la misma, dando lugar a los hechos que hemos dejado constancia. Johanna Oakley ya había recorrido un trecho de su camino antes de que el reverendo gentilhomme saliera disparado hasta la casa de su padre de la forma que hemos narrado, por lo que ella no sabía nada, y de saberlo, no le habría importado en demasía, pues su mente se encontraba plenamente inmersa en la expedición que había emprendido.

A medida que caminaba por el lado de la Calle Fleet donde se encontraban la casa y la tienda de Sweeney Todd, la curiosidad se adueñó de ella impulsándola a detenerse y a echarle un vistazo al melancólico perro que custodiaba un sombrero delante de su portal.

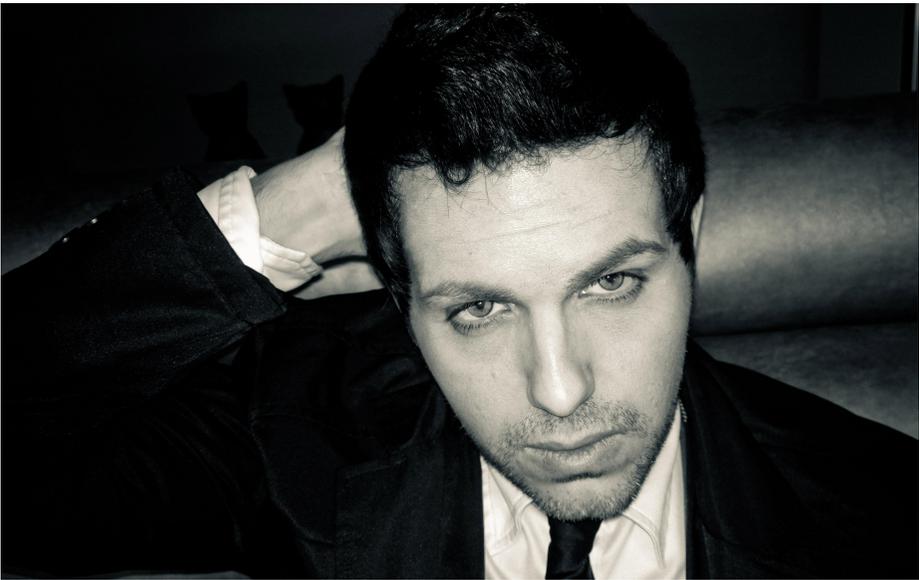
La aflicción reflejada en el semblante de la criatura era inequívoca, y al tiempo que miraba, vio como la puerta de la tienda se abría con suavidad y alguien tiraba un pedazo de carne.

—Son buena gente —dijo ella—; sean quienes sean.

Mas cuando vio que el perro le daba la espalda a la carne con disgusto y observó que había polvo blanco en ella, la idea de que estaba envenenada y que solo perseguía exterminar al perro, se le cruzó al instante por su cabeza. Y cuando vio la horrible cara de Sweeney Todd examinándola a través de la puerta entreabierta, ella no pudo dudar más del hecho, ya que esa cara garantizaba cualquier grado de villanía imaginable.

Pasó con un estremecimiento, sin sospechar, no obstante, que ese perro estaba ligado a su suerte, o a las circunstancias que constituían la suma de su destino.

Quedaba todavía una hora para la reunión cuando alcanzó los jardines del Templo y en parte culpándose por haber llegado tan pronto, mientras al mismo tiempo por nada del mundo hubiera querido llegar tarde, se sentó en un banco para evocar el pasado, rememorando con toda la vívida frescura de la devoción del amor adolescente, esas gentiles palabras que, de vez en cuando, le dijo él dos veranos atrás, cuya fidelidad jamás cuestionó, y cuya imagen consagraba en el fondo de su corazón.



SOBRE EL AUTOR

LUCIAN F. VAIZER

Artista polifacético y escritor independiente con corazón de tinta, espíritu de soñador y mente quijotesca, Lucian nació bajo el ominoso signo de Ofiuco, una fría mañana de diciembre, en el seno de una familia bohemia cuyas raíces se remontan a la vieja Rumania, Israel, Francia y la nobleza europea. Ha sido hacker de videojuegos, diseñador gráfico, guionista de televisión y periodista online. En la actualidad vive en Barcelona, donde pasa sus días tranquilamente dibujando animales imposibles en la espuma de los cafés y tejiendo telas de versos e historias futuras que solo él conoce.

* * *

Con *Sweeney Todd o El Collar de Perlas*, Lucian F. Vaizer inicia una nueva y emocionante etapa vital como traductor y escritor *indie*. Pero esto es solo el principio de una aventura electrizante que no dejará a nadie indiferente...

Más información sobre el autor en:

www.lucianfvaizer.com

Antes de la película de Hollywood...

Antes del musical de Broadway...

Descubre el verdadero y misterioso origen de *SWEENEY TODD*: una novela que llevaba ciento sesenta y ocho años sumida en el olvido. Un relato que te dejará sin aliento.

"ELLOS MORIRÁN... LOS HOMBRES MUERTOS NO CUENTAN HISTORIAS, NI LAS MUJERES NI LOS NIÑOS TAMPOCO."